

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

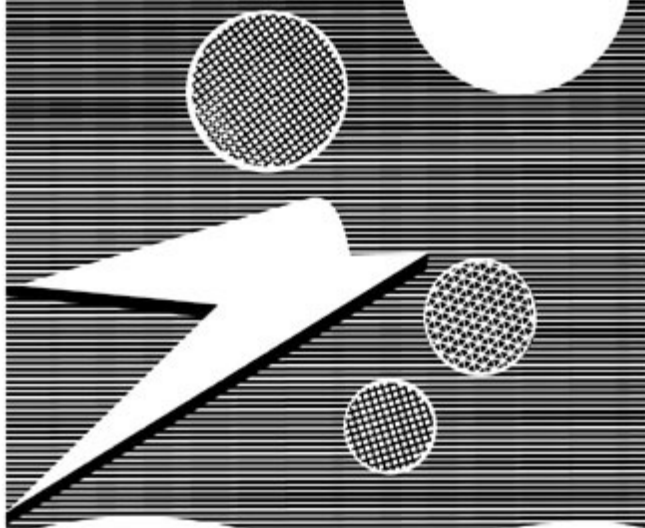
"FASE ONCE"

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

314 – Proyección a otra galaxia, *Alf Regaldie*.

315 – Amenaza en la colonia espacial, *Marcus Sidereo*.

316 – No estamos solos, *Ray Lester*.

317 – El traficante, *Glenn Parrish*.

318 – Herederos del espacio, *Marcus Sidereo*.

CURTIS GARLAND

FASE ONCE

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 319
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 30.902 - 1976

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: setiembre, 1976

© **Curtis Garland - 1976**
texto

© **Antonio Bernal - 1976**
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones de la
misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del
autor, por lo que cualquier semejanza con personajes,
entidades o hechos pasados o actuales, será simple
coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.
A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1976

PREFACIO

El Futuro no está tan lejos como imaginamos. El Futuro está aquí. Ahora. El Futuro, quizá, es sólo lo que nos queda ahí, tras el umbral de salida del Presente. De Hoy.

Ya es posible llevar una pequeña computadora con "memoria", por reloj. Realizar complejas operaciones matemáticas con un pequeño calculador electrónico. Un televisor en un brazalete, una grabadora de alta sensibilidad en un anillo o en un botón. El hombre lleva piezas de su cuerpo plastificadas. Incluso en su corazón. Y células electrónicas muy complicadas, en puntos del cuerpo sometidos a intervenciones quirúrgicas especiales.

Sí. Estamos virtualmente en ese futuro que hace veinte años se preveía, sólo en parte, para dentro de cien. Por tanto... ¿qué sucederá mañana?

Existen dos posibilidades, entre otras muchas: que lo destruyamos todo, por medios más seguros y lentos que la famosa hecatombe nuclear tan temida, como puede ser la contaminación, la sequía mundial, provocada por el desequilibrio atmosférico, el caos ecológico..., o una nueva genialidad del ser humano, que nos lleve a otra clase de Apocalipsis. O que, en definitiva, sigamos progresando hasta que Hombre y Máquina apenas se diferencien entre sí. O se mezclen, hasta crear un monstruo mil veces peor que el Frankenstein ingenuo y hasta patético de Mary W. Shelley.*

Ese proceso tendrá diversas fases, lógicamente. ¿Por qué no imaginar que esta simple ficción podría ser POSIBLE?

Llegar a la Fase Once del experimento que aquí se relata, es sólo cosa de imaginación. Por ahora, no creo que se haya ido tan lejos en nombre de ninguna ideología, pero existieron una vez los "kamikazes". Y existen los "comandos suicidas". Y los fanáticos.

Si al hombre le obligase un día un Estado cualquiera a algo parecido, ¿podría negarse a ello?

¿Existe un medio humano de librarse de una Fase Once?

Eso es lo que está por ver.

Porque eso..., ESO es el Futuro.

CAPITULO PRIMERO

—¿De verdad, doctor Colfax?

—De verdad, señor —afirmó el científico con voz grave—, Está logrado.

—¡Cielos...! —su interlocutor inclinó la cabeza—. Me sorprende. Nunca creí que sería tan pronto...

—A veces, la Ciencia también necesita un poco de la suerte —sonrió el doctor Colfax—. Eso es lo que nos ha ocurrido a nosotros, señor. Tuvimos fortuna. Cuando esperábamos tener que superar una serie de dificultades imprevistas..., todo se resolvió, de pronto, con pasmosa facilidad.

—De modo que la Fase Nueve... está concluida.

—Totalmente, señor. Entramos en la Pase Diez. Lo demás... ya no es cosa nuestra.

—Quizá más que nunca será cosa de ustedes —hizo notar su importante interlocutor, con voz serena—. Piense en lo que necesitarán hacer, para pasar de... de la teoría a la práctica, doctor Colfax.

—Ya lo hemos pensado. Pero nos falta lo primordial: el sujeto. El hombre, en suma.

—El hombre... —resopló el otro—. Eso ya no es tan sencillo.

—Lo sé. Lo he sabido desde un principio, señor. Pero ahora, hemos llegado tan lejos que ya no se puede vacilar. Estoy seguro de que encontrará a alguien... Yo mismo, si tuviera menos años, me ofrecería voluntario. Sería un modo de pagar mi propio tributo a la Ciencia...

—Hay algo más que simple Ciencia en todo esto, y usted lo sabe, doctor —suspiró el visitante del Pabellón B de los laboratorios ultrasecretos, destinados al Proyecto Omega—. Es, quizá, la suerte del mundo todo la que está en juego.

—Cierto. Por eso no podemos retroceder. Lo difícil era llegar a esta Fase. Y hemos llegado. Hace falta ese hombre. Encuéntralo donde sea. Pero encuéntralo.

—Sí, doctor Colfax, esté seguro de ello —se puso lentamente en pie y tendió su mano al científico, estrechándola con calor. Luego, echó a andar, bajo las blancas, crudas, asépticas luces del laboratorio especial—. Volveré pronto por aquí... con nuestro cobaya humano. Y que Dios nos ayude a todos... Pero aún me pregunto: ¿quién será? ¿Quién podremos elegir? En conciencia... es una tremenda papeleta, doctor.

Desapareció tras una blanca puerta deslizante y silenciosa. El doctor Colfax se quedó solo en aquella amplia cámara blanca y

luminosa. Su rostro era grave, profundamente pensativo.

—Sí, es una papeleta para todos... —murmuró, como si hablara con alguien—, Pero sobre todo, lo será para nosotros cuando..., cuando llegue el momento de iniciar lo más difícil. Lo más inhumano, quizá... a pesar de su tremendo significado humano. La Fase Once...

*

La Fase Once.

El visitante del doctor Colfax examinó las fichas que el programador gigantesco, movido por inmensos circuitos electrónicos le iba presentando paulatinamente.

Candidatos. Todos posibles candidatos. Una selección puramente mecánica. La computadora elegía con frialdad. Sin apasionamiento. Sin sensibilidad.

Tampoco podía él ser sensible. Le estaba prohibido a estas alturas. Representaba al Estado. Y a algo más. Quizá al mundo. Y a su última oportunidad de supervivencia.

Y todo dependía de aquello. Simplemente de aquello : una tarjeta perforada. Un nombre. Un ser humano. Alguien que sería el encargado de cumplir la Fase Once. La fase final del programa científico.

Por fin, una tarjeta le hizo incorporarse vivamente. La estudió con asombro. Meneó la cabeza, perplejo.

—Imposible —murmuró—. ¿Precisamente éste...!

Clavó sus ojos en la computadora. Zumbando fría, inmutable, sin sentimientos, sin corazón ni alma. Pero con cerebro. Con un mecánico cerebro de precisión increíble.

—Sí, tal vez... —reflexionó el alto funcionario del Gobierno, agitando la tarjeta de plástico perforado—. ¿Por qué no..., por qué no intentarlo...?

Y con gesto excitado, echó a andar a través de salas y salas de complejas instalaciones electrónicas, camino de alguna parte.

Por primera vez, la Fase Once podía ser algo más que una esperanza en el horizonte. Por primera vez, había un nombre. Una posibilidad. Y un éxito en los laboratorios, a la espera solamente de su hombre, del que debía iniciar la Fase Diez... para hacer posible la temida y, sin embargo, esperada Fase Once...

Sí. Al parecer, había llegado el día. El gran día.

Mientras para alguien, contenido en una simple tarjeta perforada, llegaba el último día, en alguna parte de aquella ciudad...

CAPITULO II

Era el último día.

Había llevado bien la cuenta. El último. Era una de esas cuentas que nunca fallan. No pueden fallar. Son demasiado importantes para que ocurra algo así.

Sin embargo, se notó menos intranquilo de lo que esperaba. Mucho más resignado y sereno, Ni siquiera sentía miedo. En realidad, no sentía nada. Posiblemente, un hombre, en tales circunstancias, deja de sentir. Deja de ser él mismo, para convertirse en un simple mecanismo biológico que funciona por inercia. Hasta que deja de funcionar.

Y eso iba a suceder muy pronto.

Acostumbraban a hacerlo al amanecer. Y él ya había vislumbrado, allá por el Este, la claridad turbia de un nuevo día, nublado y triste quizá, Pero eso importaría poco.

Cuando ese día estuviera en su plenitud, él ya no podría verlo, ni siquiera a través de la ventana enrejada, Ya no lo vería de ningún modo. No existiría. No estaría en este mundo.

Bajó la cabeza, tratando de no pensar en ello. Pero era inevitable. No gusta nunca, morir. Y menos, cuando se es joven. No culpaba a nadie de ello, sin embargo. Si un culpable había, ése era él mismo. Sabía a lo que se arriesgaba cuando aceptó aquel trabajo. Conocía bien el precio de la derrota. No podía decirse que fue engañado.

Era otra cosa la que le irritaba. Otra, mucho más dolorosa para él. Algo que ya no tenía remedio. Y que crispaba sus nervios y sus músculos hasta la exasperación, allí en la soledad de su celda de condenado a muerte.

—Si al menos supiera que ellos también... —comenzó, hablando consigo mismo, en un monólogo que no era sino una forma de pensar en voz alta. Luego, sacudió la cabeza, y el desaliento se reflejó en su gesto, en el brillo opaco de sus ojos—. Pero es inútil. No puede ocurrir ya. Están lejos. Demasiado lejos de todo riesgo. Los malditos cobardes... Por su culpa va a ocurrir hoy esto. Yo dejaré de existir, para que ellos puedan seguir viviendo y medrando, sin ideas ni convicciones, sin lealtad para con nadie, sólo como mercenarios sin conciencia, a sueldo del mejor postor.

Apretó los labios con fría ira. Trató de dominarse. Era inútil darle vueltas al asunto. Sólo lograría que le vieran descompuesto, al llegar la hora suprema. Y no quería que eso ocurriera. No lo quería en modo alguno. Debía morir, al menos, como un hombre digno. Sin miedo, sin odios ni resentimientos contra sus verdugos. Aquello formaba parte

del juego. Lo había sabido siempre, cuando inició la partida. Perderla, era ir a parar a esto. No había reproches para nadie.

Se interrumpieron sus pensamientos. Alzó la cabeza, sobresaltado.

No pudo evitar el escalofrío. Era humano sentir aquel atisbo de lo que fuese. De miedo, de aprensión, de angustia..., o quizá tan sólo de ansias por seguir viviendo, de dolor por abandonar la vida y el mundo.

Él sonido de la puerta de acceso a la galería de condenados, era inconfundible. Cada día, al producirse, había significado la hora de las comidas. O la llegada del capellán, para conversar con él apaciblemente.

Hoy, no.

Hoy era diferente. No le traerían ya comida. Le habían ofrecido cuanto quisiera la noche antes. Era la última. Y podía pedirlo todo. Todo, menos la vida y la libertad, por supuesto.

Por ello se limitó a pedir una cena más, frugal y sobria. Con una botella de vino. Y unos cigarrillos. Y un libro para leer, por si sentía insomnio. No quiso dormir. Le iban a sobrar siglos, eternidades para seguir durmiendo. Al menos, nadie le quitaría el placer de saborear intensamente las últimas horas. Los últimos minutos. Hasta el fin.

Le sorprendió no descubrir al reverendo, caminando delante, en dirección a su celda. Le habían dicho que era lo habitual, en la última visita al condenado. En vez de eso, era el propio oficial de prisiones quien se acercaba, con un celador a su lado. Alguien más caminaba tras ellos, pero no pudo verlo con claridad.

Se detuvieron ante su celda. El oficial le evitó cualquier sobresalto:

—No, Skrag —habló con voz suave—. No es lo que teme. Aún no. Tiene una visita.

—¿Una visita? —se sobresaltó él. Ceñudo, miró a la figura en la sombra, allá al fondo del corredor. Meneó la cabeza—. No tiene sentido. No hay nadie que desee verme. Ni que yo desee ver, claro está. Excepto...

—Excepto su esposa —murmuró el oficial de prisiones con calma. Asintió con su ademán—. Lo sé, Skrag. Desgraciadamente, no es su esposa quien viene a verle. Pero es una visita que le conviene recibir. Naturalmente, es muy dueño de rechazarla. Tiene derecho a esperar solo, sin nadie que le moleste.

—Exacto —afirmó el recluso fríamente—. Y eso es lo que pienso hacer. No recibo a nadie, oficial. Prefiero esperar a solas. Total, no falta ya demasiado tiempo...

—Una hora —dijo la voz profunda del tercer personaje—, Justamente una hora para la ejecución, Skrag.

El reo clavó sus ojos irritados en aquella persona a quien difícilmente podía captar en el pasillo, largo y glacial. La resonancia

del mismo había dado inflexiones extrañas a la voz que hablara. Se sentía intrigado, pero su dignidad estaba por encima de todo. Y su orgullo. No quería ceder. No ahora.

—Bien —dijo—. Esperaré esa hora. Solo. Sin ser molestado. Ese es mi deseo, y creo que las leyes me amparan.

—En efecto —asintió el oficial de prisiones, algo desconcertado—. Sin embargo, el alcaide tiene comunicación permanente con el edificio del Gobierno, Está esperando, por si el gobernador decide aplazar la ejecución, O pronunciar el indulto.

—Eso no sucederá —replicó el condenado—. No con un reo por espionaje y sabotaje, al servicio del enemigo. Nunca ha ocurrido, en los momentos actuales por los que pasa el mundo.

—¿Por qué no hablamos de eso durante unos minutos, Skrag? —insistió la voz del tercer personaje—. Usted no pierde nada. Se aplazará su ejecución en el tiempo exacto que pierda hablando conmigo. Eso, en el peor de los casos, Pero existe la posibilidad de un aplazamiento mayor.

—¿Qué ganaría con eso? —sonrió amargamente el reo—. Vale más terminar cuanto antes.

—¿Ha pensado en esa persona a quien tanto desearía ver? ¿Ha pensado en su esposa, Skrag?

—¿Qué tiene ella que ver en esto? Deje que rece por mí sólo esta mañana. Y que descansen luego sus nervios y sus pensamientos...

—Mal puede descansar quien no tiene su porvenir resuelto, y deberá sufrir duramente para sacar su vida adelante.

—¡Ese no es asunto suyo! —se exaltó Skrag—. ¡Ella trabajará, luchará por vivir, por salir adelante!

—Yo vengo ofrecerle algo más que eso: una pensión vitalicia para su esposa.

—¿Usted? ¿Una pensión? —Skrag le miró, incrédulo—. ¿Está loco? Nadie se creería eso. A menos..., a menos que piensen que yo... voy a dar nombres, a delatar gente... ¿Me están ofreciendo el precio de una traición?

—No. Usted no es un traidor, Skrag. Fue traicionado por otros amigos suyos, camaradas de ideas y de armas, que es muy diferente. No vengo a comprarle. Sólo a ofrecerle la posibilidad de que su esposa goce de esa pensión de por vida. Es lo menos que le debe usted a una mujer a quien deja en tal situación...

El preso arrugó el ceño. Reflexionó, sumido en un mar de dudas. Todo aquello era un puro disparate. Ningún Gobierno paga una pensión a la esposa de un espía enemigo. No tenía sentido.

De alguna forma, buscaban que traicionase a otras personas, que diese nombres... No podía ser de otro modo. No se molestarían en visitarle en su celda de condenado, si no era para algo así.

Sin embargo, nada perdía con escuchar la proposición. Le habían prometido concederle las horas o minutos perdidos, si les concedía la entrevista.

—Conforme —dijo secamente—. Pero sea breve. Hablemos. Luego, quiero disponer de esa hora completa, para estar solo y pensar...

—La tendrá —suspiró el visitante, avanzando hacia la celda—. Puede tener esa hora..., y muchas más. De usted depende todo, Skrag.

Le abrieron la puerta de la celda. El visitante entró, y la reja se cerró tras él. Ambos hombres se quedaron frente a frente. El oficial de prisiones y el celador, se retiraron discretamente, a un alejado ángulo del corredor, desde donde podían verles en el interior de la celda, pero no escuchar su conversación.

Skrag estudió ahora atentamente a su visitante, a la claridad azul de la lámpara de su celda. Observó que era alto, taciturno, de ojos brillantes, gesto severo, noble aspecto y expresión cautelosa. Vestía sobriamente de oscuro, sin distintivo alguno sobre sus ropas. Parecía un civil, pero podía ser un militar de paisano. Tenía cierto aire castrense.

—Y bien... —comenzó el reo, con ironía, ofreciéndole la litera—. Siéntese, señor, si le parece. No puedo ofrecerle nada mejor. Ni tampoco un oporto o un brandy...

—Puede bromear lo que quiera, Skrag —suspiró el visitante—. Comprendo sus sentimientos muy bien. Yo no he venido a bromear, sin embargo. Para mí, la vida de un hombre es algo demasiado serio para que me sirva de motivo de chanza.

—¿No tiene sentido del humor?

—Supongo que no —le contempló con frialdad, desde sus oscuras pupilas—. Ni usted tampoco, Skrag. No en estos momentos, aunque pretenda lo contrario. Supongo que está dolido con todo el mundo. Que odia a cuantos no estamos en su situación.

—¿Por qué motivo? Cometí un delito. Debo pagarlo. Es la ley.

—Usted sabe que su juicio fue justo. Y la sentencia, la previsible en estos casos. No hubo clemencia, lo admito. No acostumbra a haberla en cuestiones de seguridad nacional, por desgracia. Sé que sus jueces hubieran querido perdonarle de algún modo, ser clementes con usted, por su arrogancia y dignidad en aceptar los cargos y en considerar justa su sentencia. Nunca negó nada, no se soliviantó, no dejó de comportarse con absoluta honestidad como hombre y como enemigo. Adversarios así, honran a uno.

—Es muy amable, señor. ¿Ha venido sólo para colmarme de elogios, antes de enviarme frente al pelotón de ejecución?

—No. Le he dicho lo que personalmente opino de usted. Y tenga en cuenta que yo he sido el principal ayudante del fiscal militar, en este asunto,

—¿Usted? —se sorprendió Skrag, pestañeando.

—Sí. Soy el coronel Dugan, de Seguridad Nacional, Rama Militar. Ahora estoy aquí como miembro permanente del Consejo Militar de Servicios Especiales de Seguridad, al que pertenezco. Y le advierto que mi visita es sólo oficiosa, como lo serán sus posibles resultados. Pero, en todo caso, tan firmes sus consecuencias como firmadas y selladas por el Gobierno en pleno. ¿Quiere saber a lo que he venido?

—Antes me dijo que a hacerme una oferta: una pensión vitalicia para Gala..., para mi esposa...

—Exacto. Una pensión para ella.

—¿Concedida como premio a ser la esposa de un espía enemigo ajusticiado? —dijo con sarcasmo el prisionero,

—Ya encontraríamos el modo oficial de definir tal hecho, no se preocupe por ello. Sin embargo, tal pensión debería significar el premio a algo que usted haría a su vez por nosotros.

—Lo suponía —la voz de Skrag se tornó helada—. Vender a camaradas míos en su país, a gente que me ayudó... No, coronel. Yo no traiciono a nadie.

—¿Quién ha pedido que lo haga? —suspiró su visitante, con calma—. En todo caso, podríamos pedirle el nombre e identidad real de los que le traicionaron a usted, entregándole en nuestras manos, mientras ellos huían, abandonando el país.

—Eso no les serviría de mucho —replicó Skrag, incisivo—. Ellos están ahora lejos de su alcance, en su propio país, a salvo. Y además, ustedes poseen sus nombres, sus fotografías, huellas dactilares y cuanto precisan de ellos. No hay nada que ignoren sobre esas personas.

—Exacto. Sin embargo, esas personas son las que nos preocupan. Las que nos interesan. Desearíamos su captura. O su muerte.

—Yo también —resopló Skrag, estrujando los dedos de sus manos rabiosamente.

—Sí, tiene motivos para odiarles. No vacilaron en entregarle en nuestras manos, para escapar ellos mientras tanto. Supongo que desearía vengarse de ellos. ¿Les traicionaría ahora, si ello le fuera posible?

—No —negó, rotundo, Skrag—, Traicionarles, no. Pero de serme posible morir con ellos, lo haría. Sería feliz, sólo con saber que me acompañaban en el último viaje.

—Eso es —una sonrisa extraña flotó en los labios del coronel Dugan—, Usted mismo ha expresado las cosas con absoluta precisión. Ni yo hubiera sido tan claro, amigo mío.

—¿Qué quiere decir?

—Es lo que he venido a ofrecerle. La posibilidad de morir con ellos. De vengarse, sin otra acción que unir las vidas de sus delatores

a la suya propia, en holocausto final. Y a cambio de eso..., su viuda recibiría esa pensión de por vida. ¿Qué respuesta me da?

Skrag miró estupefacto a su visitante. Sacudió la cabeza, más alerta que nunca, temiendo una trampa para obligarle a delatar a otras personas.

—No tiene sentido, señor —replicó—. Sabe que no pueden morir conmigo, porque están fuera de nuestro alcance. Ni yo puedo salir de aquí, porque voy a morir hoy mismo. ¿A qué pretende llegar con todos esos absurdos ofrecimientos?

—No son absurdos, Skrag. Si usted acepta lo que he venido a ofrecerle, habrá hecho un último esfuerzo por darle cierta seguridad a su esposa. Y nos habrá prestado un servicio inestimable, al tiempo que usted mismo se cobra su deuda con quienes le traicionaron. Sólo con ellos, entiéndalo bien.

—Aunque aceptase, ¿quién se encargaría de matar a esos hombres?

—Usted —dijo, inesperadamente, el coronel Dugan.

—¿Qué? —boqueó Skrag, atónito, mirándole con aire dubitativo, como si desconfiara de su salud mental—. ¿Qué es lo que ha dicho, coronel?

—Esa es mi oferta :i usted, en persona, se ocupará de matarles, al tiempo que usted mismo muere, en cumplimiento de la sentencia dictada por nuestros tribunales militares. No vengo a ofrecerle la vida en modo alguno, seamos francos. Para usted, no hay indulto. Pero existe UNA SOLA posibilidad en el mundo, de que muera matando. Es decir: usted sería liberado de esta celda, usted se reuniría con sus camaradas, los que le vendieron a nosotros... y justo entonces, TODOS USTEDES MORIRIAN, estén donde estén en ese momento. ¿Qué me dice? ¿Acepta el ofrecimiento, o prefiere el fusilamiento inmediato, sin posibilidad de revancha, sin hacer justicia sobre sus amigos traidores, y .dejando a su esposa en las peores condiciones imaginables para afrontar el futuro? Responda, Skrag.

Un silencio profundo reinó en la celda. Skrag, perplejo, paseaba de un lado para otro, sacudiendo la cabeza con aire de estupor, como si aún no le hubiera sido posible entender una sola palabra de aquel dilema.

—Salir de aquí... Reunirme con ellos... y morir todos —jadeó—, Pero..., pero ¿eso es posible, coronel? ¿No me está engañando?

—Tiene mi palabra de honor, Skrag. No hay el menor engaño. Existe un medio, uno solo en el mundo, de que eso sea posible, y tal medio lo poseemos nosotros en este momento. Es algo insospechado, imposible de prever. Ya ve que no le engaño en absoluto. No le hago falsas promesas ni le ofrezco esperanzas para sí mismo. Va a morir de todos modos. No hay salvación posible. Pero los que le traicionaron

no le sobrevivirán, esté seguro de ello.

—Y... y de aceptar yo..., ¿cuándo sería eso? —preguntó Skrag en un murmullo.

—La fecha depende de muchas cosas —se encogió de hombros el coronel—. Si usted acepta, el gobernador militar comunicará inmediatamente al alcaide de esta prisión un aplazamiento de una semana en el cumplimiento de su sentencia. En ese período de tiempo se dispondrán los últimos preparativos, y usted será sacado de esta prisión secretamente, y conducido a otro lugar que sólo unos pocos conocemos. Allí transcurrirá un tiempo, sometido a ciertos experimentos. No sufrirá dolor alguno, se lo garantizo. Después, se comunicará oficialmente su evasión. Usted empezará entonces a actuar, conforme a lo previsto. Y en ese momento, conocerá las instrucciones exactas.

Otra pausa. Skrag meditaba, con gesto sombrío. Al fin, tras un largo silencio, sólo pronunció una palabra:

—Acepto.

CAPITULO III

El vehículo cerrado rodaba por una carretera poco frecuentada, entre arboledas y espesura. Atrás, se perdió definitivamente el perfil gris y hosco de la prisión militar, cuando el coche dobló una curva.

Skrag giró la cabeza, viendo desaparecer el edificio donde había esperado vivir su último instante. Todo esto le parecía increíble. Y, lo que era peor, totalmente inexplicable todavía.

A su lado, viajaba el coronel Dugan. Dos hombres de uniforme, silenciosos y como ajenos a todo, ocupaban el asiento delantero del coche, separado de ellos por un panel en el que se abría una ventanilla enrejada.

Toda la operación había sido efectuada rápida y furtivamente, aprovechando las horas de la noche. De una noche que él nunca esperó conocer, ya que aquélla era la misma fecha en cuyas primeras horas él tenía que haber sido conducido frente al pelotón de fusilamiento.

Sacado en secreto de la prisión, se le introdujo en aquel vehículo cerrado, y tras esperar la llegada de una escolta militar motorizada, partió hacia un destino desconocido, en alguna parte del país.

En estos momentos, Gala, su mujer, así como todo ciudadano del país, e incluso del extranjero, habrían entrado en conocimiento de que el Gobierno militar había resuelto aplazar la ejecución por unas fechas. Eso sería todo. Nervios, tensión, angustia para Gala. Extrañeza o indiferencia en la gente. Acaso cierta inquietud en sus «camaradas» evadidos del país, o en los enlaces que aún existían en éste, por si el reo había decidido pactar con las autoridades, para vender a los miembros de la célula de espionaje y sabotaje de la que él mismo formara parte hasta su captura.

Después de todo, la Tercera Guerra Mundial estaba ya demasiado cerca, para que cada acontecimiento no dejara de tener su trascendencia y su valor de cara al futuro inmediato. La tensión mundial, los últimos acontecimientos internacionales, el ultimátum de la Unión de Naciones Libres al llamado Frente de Revolución Mundial, formado por una serie de potencias ideológicamente afines, eran los eslabones agrietados de la cadena que, de un momento a otro, iba a romperse de forma devastadora.

No es que los Gobiernos utilizaran energía nuclear en sus ingenios bélicos. La vieja amenaza atómica era sólo recuerdo. Los grandes stocks de armas nucleares fueron destruidos tiempo atrás, y todos los países aceptaron utilizar cualquier otro medio que no fuese el aniquilador tan temido, estableciéndose una reglamentación

internacional en Ginebra, para cualquier nación contendiente.

Pero eso no significaba que la futura guerra fuese más incruenta. Cada potencia ensayaba nuevas armas, de cara a aquella confrontación casi inevitable ya. Skrag sabía, por muchos y diversos conductos, por ejemplo, que el Frente de Revolución Mundial estaba ensayando actualmente un nuevo ingenio bélico de tal poder, que les hacía sentirse más fuertes que nunca. De otro modo, el ultimátum de la Unión de Naciones Libres hubiese sido escuchado y aceptado, rompiéndose la tensión. Ahora, las posibilidades de arreglo pacífico eran mínimas. Y eso significaba la Tercera Guerra Mundial.

Iba pensando en todo eso, mientras los faros del vehículo siluetaban fugazmente las formas de la campiña por la que iban rodando hacia el desconocido destino a que le enviaban ahora.

Ciertamente, no se hacía ilusiones. Nadie le prometió la vida. Aquello no significaba ninguna esperanza, a fin de cuentas. Sólo la posibilidad de morir tomándose su propia revancha, Y de dejar a Gala con una seguridad para el porvenir. Sólo eso.

Los detalles de tan extraña oferta, seguían siendo un completo misterio para él. Y sospechaba que lo seguirían siendo durante algún tiempo.

Un temor le asaltó repentinamente.

—Podría suceder que mis compatriotas y compañeros sospecharan algo, al saber que mi esposa tiene una pensión oficial del Estado... —alegó con voz inquieta.

—No tema nada —habló el coronel Dugan apaciblemente—, Ella no tendrá nunca una pensión estatal. Se le dará otra apariencia más segura. Una entidad comercial efectuará unos sorteos entre una lista de ciudadanos y, casualmente, el número adjudicado a su esposa será uno de los seis o siete grandes premios en metálico a recibir, en forma de pensión vitalicia administrada por una entidad bancaria, en guerra o en paz.

—Han pensado en todo —inclinó la cabeza Skrag, asombrado.

—Casi en todo —suspiró el militar, sonriendo—. Espero que el casi sea lo más reducido posible. No me gusta dejar cabos sueltos.

—A mí tampoco —confesó repentinamente Skrag, clavando sus ojos en su compañero de viaje—. Por eso me estoy preguntando todo este tiempo... ¿Qué ganan ustedes con todo esto, coronel? No puedo admitir que hagan tanta labor solamente para permitir que yo pueda vengarme de los que me traicionaron. Por lo tanto..., ¿cuál es su verdadero juego al dejarme salir con vida por el momento? Ya saben que no voy a delatar a nadie...

—Lo sabemos. Le repito que no es ése nuestro objetivo.

—¿Cuál, entonces?

—El Centro Secreto Estratégico.

Skrag miró, asombrado, a su interlocutor. Era lo último que hubiera esperado oír.

Meneó la cabeza con desconcierto, estudiando el rostro risueño del militar. Al hablar, su tono era repentinamente frío:

—No sé cómo ha llegado a saber de la existencia de ese lugar, señor. Pero creo que debe hacerme regresar a la prisión. Y ordenar mi inmediato fusilamiento.

—¿Cómo? ¿Cambia de idea?

—Sí, coronel. Yo no traiciono a nadie.

—¿Ni a los mismos que le venden a usted?

—Es diferente. Le dije que aceptaba vengarme de los que me entregaron traidoramente. Pero nada más. Ellos son unos pocos. Tres, exactamente. Usted ha hablado de algo que es mucho más.

—¿El Centro Secreto Estratégico? —sonrió Dugan enigmáticamente—. Lo sé. Se trata del auténtico cerebro del país que le pagaba a usted por su labor de espía y de saboteador en nuestro territorio. Un país que tampoco es el suyo.

—No importa. Es un país vecino. Y además, ideológicamente afín al mío. Y a mí.

—Sus tres amigos no son afines ideológicamente a nadie. Cobran por su labor. Son mercenarios.

—Ya le dije que ellos deben pagar su traición, su vileza. Pero nadie más.

—¿Qué me diría si yo le probase que la traición de esos hombres fue ordenada por más altas jerarquías, Skrag?

—Sencillamente, no le creería. Ellos tuvieron miedo y, para huir, me vendieron. Eso fue todo.

—No. No fue todo. Se lo voy a probar cuando lleguemos a cierto sitio...

*

Se lo había probado.

Total y definitivamente. No cabía la menor duda sobre ello.

Skrag estudió una vez más las complejas claves, los códigos cifrados, absolutamente todo lo que demostraba que aquel mensaje era una orden especial, transmitida directamente por el Alto Mando del Centro Secreto Estratégico.

El mensaje en clave, una vez traducido, era concreto:

«Si podéis salir del país a cualquier precio, hacedlo. Agente FZ-106 debe ser capturado por el enemigo, conforme sugerís. Ello facilitará vuestra evasión. No sólo autorizamos entregarlo a las autoridades, sino que lo ordenamos. Suerte, camaradas. Núcleo AQ-1003.»

Permaneció silencioso, dándole vueltas al mensaje revelador que nadie podía falsear, porque existían claves imposibles de conocer, nombres y códigos desconocidos para sus captores. Aquél era un mensaje fidedigno. Directamente llegado del Alto Mando. Había determinadas palabras, como «Núcleo», que sólo podían ser utilizadas por quienes sabían que en sí mismas formaban un santo y seña inconfundible.

—¿Qué me dice ahora, Skrag? —preguntó el coronel Dugan.

—Parece legítimo, señor —confesó el prisionero con un suspiro—. Juraría que lo es.

—Sí, Skrag. Tiene mi palabra. No le mentiría en algo tan grave. Habla otro código inicial. Nuestras computadoras lo tradujeron exactamente: «Centro Secreto Estratégico.» Por eso conocía su existencia. Es el cuartel general, ¿verdad?

—Lo es —afirmó Skrag; despacio—. El cuartel general de Espionaje y Sabotaje, y Centro Experimental del Estado y el Ejército... Pero ellos no pudieron... venderme.

—Lo hicieron, Skrag. No crea que nadie es un ángel. Todos somos despiadados. No hay humanidad en nuestras tareas. Vendemos a los hombres. O los compramos. Sólo son piezas para un ajedrez gigantesco. Se las sacrifica sin clemencia alguna. Nosotros tampoco somos mucho mejores, amigo mío. Usted lo dijo antes. Le ofrecemos la posibilidad de que su esposa viva dignamente y de que usted no caiga en un pelotón de fusilamiento, sólo porque usted es el único que puede hacer algo por nuestros intereses.

—Lo sabía. ¿Qué esperan de mí?

—Lo que ningún agente secreto nuestro lograría jamás: entrar en el Centro Secreto Estratégico de ese país.

—¿Y... una vez dentro?

—Destruirlo.

Siguió un profundo silencio. Skrag contempló estupefacto a su interlocutor.

—Destruirlo... —repitió—. ¿De verdad confía usted en que haga eso?

—Sí, confío en ello. Después de todo, no les debe fidelidad alguna. Le vendieron entre todos. Usted no era un mercenario. Ellos, sí. Jugaron con sus ideales. Le enviaron al pelotón de fusilamiento y dejaron a su esposa abandonada a su suerte. ¿Merecen lealtad?

—Aun suponiendo que yo quisiera tomarme revancha por eso..., ¿cómo supone usted que volverían a admitirme en su propio cuartel general?

—Porque ellos ignorarían que usted conoce la verdad de su actitud. Si se evade, si regresa a esos países de donde procede,

Skrag..., le acogerán con hipócrita alegría, con falso entusiasmo. Habrán recuperado, sano y salvo, a un buen agente suyo que, por añadidura, nada sabe de la traición sufrida. No despreciarán semejante oportunidad, estoy seguro.

—Aunque fuera así, ¿cómo destruiría yo solo una instalación tan compleja y poderosa? Sería labor de titanes, coronel, no de un hombre solo.

—Hablabamos de ello dentro de algún tiempo, Skrag. Cuando usted acepte iniciar la Fase Diez.

—¿La... qué? —parpadeó Skrag.

—La «Fase Diez» de nuestro Experimento Omega. La Fase Nueve tocó a su fin hace pocas fechas. Para la siguiente, nos faltaba el hombre. Ya lo tenemos:— es usted. Si firma su ingreso en la Zona de Experimentación Técnica del Estado, adonde ahora nos dirigimos, habrá aceptado definitivamente su papel en la llamada «Fase Final», o «Fase Once» del experimento.

—De modo que soy algo así como un cobaya... Un cobaya humano...

—Podría, decirse que sí. Ya le dije que no albergara esperanzas. No hay indulto para los espías y saboteadores. Sólo se le concede la posibilidad de morir matando, de vengarse de sus camaradas traidores. Y de dejar resuelto el futuro de su esposa, A cambio de ello, nosotros aspiramos a terminar con el Centro Secreto Estratégico. Y no sólo porque allí están los altos dignatarios de una potencia que será clave en la guerra futura, sino porque... quizá eso evite definitivamente la Tercera Guerra Mundial.

—¿Evitarla? —dudó Skrag, escéptico—. ¿Cómo?

El coronel paseó por la estancia del recinto secreto adonde había sido conducido desde la prisión militar. Luego, manifestó con lentitud:

—Porque me consta que el arma secreta de nuestros enemigos, el ingenio destructor que les hace sentirse fuertes y rechazar todo ultimátum..., está allí, justamente: en el Centro Secreto Estratégico. El arma ya lograda, la fórmula, los científicos creadores... Todo lo que va a suponer una nueva y devastadora contienda a escala mundial, Skrag...

—De modo que me piden que yo mismo,... destruya la fuerza bélica de aquellos a quienes he servido y por cuya causa debo morir... —habló Skrag con voz ronca.

—Sí. Así es de paradójica la vida. Y también la muerte... En sus manos está ahora quizá la suerte del mundo, el futuro de millones de seres.

—Una vida..., por un millón de ellas. O más... —reflexionó Skrag, bajando la cabeza.

—Quizá por la vida de medio mundo —corroboró el coronel, grave su tono—. Me temo que sea un arma realmente terrible... Algo que no quebrante las leyes internacionales de Ginebra,..., pero que aniquile igualmente pueblos enteros.

—Es una misión tremenda. Creo que no se saldría vivo de ella en modo alguno. Pero usted ni siquiera se ha molestado en dorarme la píldora, coronel, prometiéndome al menos el indulto definitivo, si llegara a sobrevivir a todo eso, una vez cumplida la tarea.

—Es que «no puede» sobrevivir, entiéndalo. Por eso no le prometo nada. Es más: usted «debe» morir, para que ellos mueran y el arma sea destruida. No existe otra posibilidad.

—Debo morir... ¿Sin remedio?

—Sin remedio.

—¿Por qué?

—Eso..., lo sabrá cuando firme su aceptación para afrontar la «Fase Once»...

*

«Proyecto: OMEGA.

Fase Nueve: Terminada.

Fase Diez: A punto.

Fase Once: En proyecto.»

Eran cuatro líneas luminosas en el gran tablero electrónico de la sala amplia, limpia y aséptica, siempre iluminada artificialmente con aquellos paneles del techo, de un blanco deslumbrante.

Skrag, reo a muerte, se quedó leyendo las letras verdes, luminosas en el tablero. Debajo de éste, unas jóvenes uniformadas de gris, con distintivo oficial, atendían a unas pequeñas computadoras que registraban datos e informes constantemente. Todo allí daba sensación de actividad, pese a que la misteriosa «Fase Once» aparecía aún en simple proyecto.

Y, al parecer, de él dependía que entrase en actividad inmediatamente.

Una joven de cabellos azulados, le sonrió tras su computadora individual, con gesto tan aséptico como el de cualquier secretaria de ejecutivo comercial, o el de una estereotipada starlette de la televisión.

—El coronel Dugan nos ha informado de su llegada a la Zona de Experimentación —dijo la joven de dulce sonrisa—. Bien venido, Número Once-Cero-Uno.

—¿Once-Cero-Uno? —repitió Skrag—. ¿Soy realmente un número?

—Todos somos números aquí —le respondió la joven, mostrándole

su placa de plástico rojo y amarillo, sobre el seno—. Vea el mío: W-037. Significa que soy la Mujer Treinta y Siete de la plantilla de servicio en el Pabellón B.

—Ya. ¿Y mi nombre qué significa, preciosa W-037?

—Es muy sencillo: primer voluntario para la Fase Once del Proyecto Omega. «Once», es la clave de la Fase. Cero-Uno, su número de ingreso.

—Aún no he ingresado.

—Cierto. Aún no —la sonrisa de ella era inmutable, como grabada en su bonito rostro—. Tiene que firmar en esa placa electrónica. Será su aceptación. E ingresará inmediatamente, a las órdenes del doctor Colfax.

—¿Y qué piensa hacer el doctor Colfax conmigo?

—Eso, sólo él lo sabe —los ojos de la joven W-037 tuvieron un destello serio, casi agresivo—. Aquí, Once-Cero-Uno, nadie sabe nada de lo que hacen los demás. Es el reglamento. ¿Va a firmar ya, o prefiere pasar al Pabellón D, para pensarlo hasta mañana? Es el plazo legal de que dispone todo voluntario, antes de tomar una decisión.

—Un día para pensarlo... —reflexionó Skrag, ceñudo—. Lo cierto es que no hay mucho en qué pensar, mi joven amiga... Deme ese tablero. Firmaré.

. —Muy bien. Aquí lo tiene —le tendió una plancha automática, plastificada, que brotó de la computadora sin que ella tuviera que hacer otra cosa que presionar un botón—. Y le deseo mucha suerte. Los voluntarios siempre son los héroes de un país, no lo dude.

—Nunca me gustó ser héroe —refunfuñó Skrag, firmando—. Ni deseo serlo, se lo aseguro. Pero parece que alguien está empeñado en que ocurra lo contrario...

Ya estaba hecho. En una pantalla electrónica, se repitió la firma de Skrag, Un tablero rojo se iluminó con una serie de letras también hechas de impulsos electrónicos

«Once-Cero-Uno, pase a la sala segunda.
Entrada autorizada al pabellón.»

—Puede entrar —invitó W-037—. Ya ha sido admitido.

Todo tenía el aire tranquilo y rutinario del ingreso en un establecimiento cualquiera. Pero Skrag estuvo seguro, apenas pisó el umbral de acceso al interior de aquel recinto, y las hojas de metal dé una silenciosa puerta se deslizaron a su paso, de que entraba en un lugar insólito, donde le esperaba lo imprevisible. Y tuvo la repentina intuición de que el hombre que abandonara aquel edificio, sería muy diferente al que ahora entraba en él...

CAPITULO IV

Muy diferente.

Lo supo en aquel momento. Y pudo comprobarlo después, cuando ya se había iniciado la Fase Once.

Fase Once...

No había sabido exactamente hasta este momento qué significaba cada una de las fases del Proyecto Omega, del que ahora formaba parte decisiva. Estuvo seguro de que había de ser algo complejo, dada la cantidad de diferentes procesos por los que había de pasar. Fueron exactamente diez, hasta su llegada.

Ahora, había comenzado la última. La decisiva. La undécima. La Fase Once prevista por los técnicos del Gobierno en su refugio secreto experimental. La que había de dar fin al Proyecto.

Ahora sabía más. Mucho más de lo que antes supiera. Como le había dicho el coronel Dugan, apenas entró en el pabellón, una computadora le proporcionó una hoja plástica con el informe completo de su actividad en el Centro. Allí, en pocas palabras, se le notificaba lo que realmente esperaba de él la ciencia, al someterse al experimento, y cambiar una forma de muerte por otra.

El coronel Dugan no le engañó. Había sido fiel a la verdad. Tremendamente sincero. No había esperanza. Ni posibilidad alguna,

El texto del mensaje escrito electrónicamente en la hoja, plástica, era lo bastante expresivo en sus escasas palabras, para alejar todo optimismo al respecto. Pero no se sintió defraudado. Ni siquiera horrorizado por su destino. Siempre supo que había de morir. Los Gobiernos eran inflexibles con los espías, ya lo dijo el coronel Dugan.

Skrag releyó dos o tres veces aquel informe. Se le advertía que, una vez hecho, debía depositarlo en otra ranura, para su destrucción. Poseía memoria. Una magnífica memoria. Por eso le fue posible grabarlo indeleblemente en su cerebro. Para no olvidarlo jamás.

«Bien venido.

»Va a ser sometido a un proceso de continuas intervenciones quirúrgicas indoloras e inapreciables externamente. Va a ser convertido en una persona diferente. Llevará usted la muerte consigo.

Destruirá cuanto le rodee, llegado el momento. Pero no existe ni la más mínima posibilidad de que usted mismo salve su vida. Será una explosión. Pero la bomba será usted mismo. Usted será la primera carga explosiva humana.

»Más adelante recibirá nueva información. Gracias por su sacrificio. Usted salvará al mundo de otra guerra total.»

Era el mensaje. Difícil de olvidar, evidentemente. Sobre todo, por ciertos párrafos de escalofriante significado: «Llevará usted la muerte consigo...» «Destruirá cuanto le rodee», «...No existe ni la más mínima posibilidad de que salve su vida.» «...La bomba "será usted mismo".» «Gracias por su sacrificio. Usted salvará al mundo...»

Memorizado aquel texto estremecedor, Skrag había seguido adelante en su camino. Un camino sin vuelta atrás. Sin retomo posible. Hacia una sola dirección, hacia un único final...

Y la Fase Once comenzó. Era como vivir en un hospital. Primero, enfermeras, médicos, laboratorios para análisis, radiografías, chequeos médicos por computadoras...

Finalmente, una placa verde con el número 01, adherida a su pecho, significó que era el hombre adecuado. Ya podía iniciarse la gran aventura de transformar a un hombre en... en una carga explosiva de gran potencia.

Cómo lograrían eso, y sobre todo, cómo sería ello posible sin que nadie pudiera detectar en forma alguna su nueva y extraña naturaleza destructora, constituía un auténtico enigma para Skrag, el hombre destinado a convertirse en bomba humana.

*

—Resulta sorprendente...

—¿Sorprendente? ¿El qué?

—Esta noticia de la Unión de Naciones Libres... Se refiere a Skrag.

—¿Skrag? —él otro enarcó las cejas, sorprendido—. ¿Ya lo ejecutaron?

—No. Y eso es lo sorprendente. Aún vive. Han aplazado su ejecución.

Siguió un silencio. Se miraron los dos hombres, pensativos., El más alto de ellos, vestía un uniforme azul oscuro, con distintivos de plata, y un emblema ovalado sobre la guerrera, con el escudo del Frente de Revolución Mundial.

El otro, lucía una camisa verde pálida, con correa y arma en la cintura. Su gorra de plato descansaba sobre un estante. Un distintivo especial le identificaba como miembro de la Guardia Popular del Estado.

—¿No explican las razones, comandante? —quiso saber el hombre de la camisa verde.

—No dicen nada, Sólo dan la noticia escueta. Supongo que habrá apelado, o algo así, y le concederán el derecho a una revisión de su procesamiento...

—No, señor —rechazó el miembro de la Guardia Popular—. En

juicios sumarísimos por espionaje y sabotaje, no existen apelaciones ni revisiones sumariales, estoy seguro. No ahora, cuando menos, sabiendo que están en los umbrales de la guerra mundial...

—Entonces, podría significar algo peor, capitán Kozak.

—¿Qué, comandante? —se inquietó el miembro de la Guardia Popular.

—Tal vez se venda al enemigo y le dé información, a cambio de su vida.

—¿Skrag? ¡Imposible! Es fiel a ultranza. No es un mercenario, señor, sino un idealista. Esa clase de hombres nunca venden a su país.

—Este no es su país, Kozak.

—Como si lo fuera. Ideológicamente, está con nosotros. Eso le impide traicionar.

—Pero si se enterase de que él fue traicionado, para que Yuvlo y Zarox pudiesen escapar del país con vida,.. Si llegara a sospechar que ellos y nosotros hemos...

—No puede sospecharlo. Ni saberlo. Ni él, ni sus propios captores lo imaginan. Pero aun sabiendo que Yuvlo y Zarox le vendieron, él no vendería a nadie a cambio. Ni tan siquiera a nuestros agentes allí. Porque sabe que esos dos son mercenarios, y los demás idealistas. No, señor. Creo que Skrag jamás hablaría para salvar su pellejo.

—De todos modos, trate de averiguar cómo van allí las cosas. Mueva a nuestros agentes. Que controlen la marcha de su permanencia en prisión. Y que notifiquen cualquier cosa que ocurra. Quiero información inmediata, si es ejecutado.

—La tendrá, comandante. No creo que demoren más de una semana esa ejecución.

—Tanto mejor... —el comandante Syrio, de las Fuerzas Armadas del Frente de Revolución, caminó hasta uno de los amplios miradores encristalados que asomaban desde el refugio de águilas del Centro Secreto Estratégico de los Países Revolucionarios, a la vista impresionante de las cadenas montañosas en torno. Lo curioso de aquellas cristaleras tamizadas, era que desde el exterior ofrecían el mismo aspecto gris y hermético del metal y la piedra utilizados para construir la enorme fortaleza. Mientras sus ojos claros recorrían con aire preocupado el agreste panorama, iba desgranando en voz alta sus más íntimos pensamientos—: Estaré muy tranquilo cuando Skrag haya dejado de existir. Es un gran agente, un hombre audaz, decidido e inteligente como pocos. Lo malo de él es que no se vende a nadie, que desprecia el dinero y ama solamente una idea política. Tuve que sacrificarlo porque hubiera sido peligroso que se enterase de nuestros propósitos, capitán. Si él supiera que utilizamos las ideologías y doctrinas de estos pueblos para crear un nuevo imperio edificado en nuestro poder personal y el de nuestro supremo rector, el mariscal

Yazok, pero traicionando los ideales de nuestros aliados y defensores, se volvería contra nosotros inmediatamente, intentando destruirnos.

—Un hombre solo no puede destruir algo como lo que estamos edificando, comandante —dudó el capitán Kozak.

—Pero puede socavar muchas voluntades si se derrumba su lealtad al Régimen, amigo mío. Créame, lo mejor es que Skrag muera. Y los hombres como él, también. Necesitamos más mercenarios y menos idealistas para el futuro. Pero eso tendrá fácil arreglo. Una vez ganada la futura guerra mundial, los idealistas serán exterminados antes de que comprendan que se traicionó su ideología. Y alzaremos nuestro poder mundial, basado en los mercenarios que sólo entienden de oro. Y que serán bien pagados, con el dinero de todas las naciones vencidas...

Una profunda risa irónica, brotó de labios del comandante Syrio, al volverse desde el mirador y encarar a su compañero, el oficial de la Guardia Popular.

El capitán Zozak, por su parte, sonrió, contemplando el gran mapa mural donde se representaban detalladamente los países miembros de la Unión de Naciones Libres. Su mano descargó un golpe sobre la zona más industrializada y rica de todas aquellas naciones.

—El primer ataque será aquí —sentenció—. Nuestra nueva arma les dejará tan sorprendidos en los primeros momentos, que lloverán otras hasta cubrir sus puntos estratégicos básicos. Y eso les obligará a la rendición incondicional inmediata..., o a la aniquilación de todos ellos.

—Deje de soñar ahora, capitán —le reprochó su superior con tono grave—. Y pensemos ahora en cosas más inmediatas y reales. Por ejemplo: el agente Skrag, o agente FZ-106, si lo prefiere.

—Sí, entiendo... Habló usted de un agente que se encargue de vigilar lo que sucede allá, e informarnos inmediatamente si hay otro aplazamiento..., o la ejecución.

—Eso es. Elija un agente de quien nadie sospeche. No quiero más fracasos. El fallo del plan en que trabajaban Skrag, Yuvlo y Zarox, nos ha costado un retraso considerable en la localización de ciertos sistemas estratégicos de defensa, así como en la destrucción de otros. Esas cosas no deben repetirse.

—Entiendo, señor. Elegiremos al mejor de nuestros agentes disponibles...

El comandante Syrio le detuvo con un gesto brusco, alzando su brazo, la mano extendida.

—Creo que yo tengo al agente ideal, capitán —dijo.

—¿Usted, señor? —pestañeó Kozak—. Recuerde que mi contacto personal con el Centro de Espionaje e Información puede proporcionarme más facilidad para...

—Para escoger un agente rutinario, lo sé —rió entre dientes el comandante—. Eso es, justamente, lo que no deseo. Nuestros enemigos son también muy inteligentes, no lo dude. Y ellos podrían estar esperando algo así por nuestra parte. Sí, capitán. Elegiremos a alguien que no es, propiamente dicho, un agente secreto, ni un espía, ni un saboteador. Nada de eso. Pero posee inteligencia, agudeza, decisión..., y, lo que es más importante, puede hacerse pasar por uno de nuestros enemigos fácilmente, ya que habla seis idiomas a la perfección y conoce los Países Libres perfectamente.

—¿Quién es esa persona, comandante? —se sorprendió el capitán Kozak, con sus ojos muy abiertos.

—Mi propia chica, capitán. La muchacha con quien vivo en la actualidad.

—¡Sonia Stravy! —balbuceó el capitán, atónito.

—Exacto —rió entre dientes el militar de oscuro uniforme—. Sonia Stravy... Yo la informaré de lo que esperamos de ella. Partirá para allá con una documentación perfectamente falsificada, como ciudadana de los Países Libres... Disponga todos los detalles para facilitar su viaje y llegada a territorio enemigo.

—Así lo haré sin pérdida de tiempo, señor. Pero quizá sea innecesario y, cuando ella alcance su punto de destino, Leo Skrag esté ya muerto.

—Tanto mejor —suspiró el comandante Syrio—. Pero aun así, prefiero que ella me informe de 'su muerte, para' estar seguro, totalmente seguro...

*

Sonia Stravy descendió de la aeronave, en el Cosmódromo Central de la gran urbe.

Naturalmente, sus documentos iban a un nombre y nacionalidad muy diferentes. Podía engañar a cualquiera, no sentía miedo de ser desenmascarada. Ese era un riesgo a correr en toda misión peligrosa en territorio enemigo. Pero Sonia poseía recursos suficientes para salvar situaciones muy difíciles, casi desesperadas.

Su sangre fría, su dominio de numerosos idiomas, con absoluta perfección, podían lograr milagros. Y ella esperaba que ahora, en estos momentos, no le fuese necesario nada de eso para salvar su misión. Bajo el falso nombre de Sigrid Elkman, confiaba en convencer a todos, sin dejar la más leve sombra de sospecha tras de sí.

Pasó sin problemas los controles del aeropuerto internacional. Eran muy rígidos ahora, a causa de la tensa situación mundial. En otros tiempos, resultaba sencillo y cómodo desplazarse por el mundo, sin pasaportes ni salvoconductos de ninguna clase, una vez salvadas

las diferencias entre naciones, y casi inexistentes las fronteras entre países y hasta continentes.

Luego..., las cosas habían cambiado mucho.

Como en un regreso al pasado, los confiados Gobiernos y los alegres ciudadanos dejaron de ser los que eran. La mutua amenaza de los dos grandes grupos mundiales, lo alteró todo. Y ahora, no sólo los nuevos pasaportes eran precisos, sino que las tarjetas plásticas con perforaciones para su lectura en computadoras, emitidas en clave por cada Gobierno a sus respectivos súbditos, resultaban imprescindibles para la identificación personal de cada viajero.

Sonia Stravy, alias Sigrid Elkmán, de los Estados del Norte, pasó sin problemas esos obstáculos burocráticos. Los servicios de espionaje y contraespionaje siempre sabían encontrar los medios de falsificar perfectamente la documentación ajena. Su tarjeta plástica dio positivo de identificación en las computadoras, y su pasaporte, sometido igualmente a la lectura electrónica, pareció tan legítimo como si ella jamás hubiera venido de los países del Frente de Revolución Mundial.

—Perfecto, señorita Elkmán —dijo el funcionario de Aduanas y control de pasajeros—. Bienvenida a nuestro país. ¿Turismo, quizá?

—Exacto —sonrió ella dulcemente, con la más ingenua y atractiva de sus expresiones en el bonito rostro enmarcado por la melena platinada—. Antes de que sea imposible viajar en paz, quiero aprovecharme y ver el mundo...

—Ojalá sus temores sean infundados, y todos podamos seguir viajando pacíficamente, señorita —suspiró el funcionario aduanero con el ceño fruncido—, Pero mucho me temo que no ande usted descaminada... Por favor, otro.

Y Sonia Stravy pasó la frontera de uno de los países libres del mundo, quizá el más importante y poderoso de todos ellos, en aquellos finales del siglo XX ya con el XXI a la vuelta misma de la esquina.

Sonrió para sí triunfalmente. Sus ojos color ámbar revelaron astucia y satisfacción. Los métodos de su íntimo amigo Syrio jamás fallaban. El Centro Secreto Estratégico sabía trabajar con totales garantías de éxito.

Un helitaxi la condujo a un céntrico hotel, situado precisamente de tal forma, que en sus últimas plantas era posible captar una vista magnífica de los alrededores de la gran urbe. Incluido el gris, macizo y triste edificio de las Prisiones Militares...

Sonia se acomodó con un suspiro de alivio en su nuevo alojamiento. No tenía que comunicar aún con el Centro Secreto Estratégico, pese a que llevaba consigo un emisor-receptor de radio de una frecuencia especial, que los detectores del país no podían captar. Además, solamente emitía pulsaciones en una variación complicada

del Morse, que podían confundirse, en el peor de los casos, con parásitos de ondas, y que un receptor fidelísimo recogía en el Centro, pasando su traducción a una computadora especial, que suministraba el texto completo del mensaje, una vez descifrada la clave utilizada en la emisión. Al comandante Syrio no se le escapaba detalle en aquella gigantesca lucha de ingenio entre dos grandes núcleos de potencias, a punto de enfrentarse en campo abierto, con la guerra ya declarada.

Cambió Sonia sus ropas por otras más acordes con el país y el clima en que se hallaba, y bajó a comer al restaurante del hotel. Observó que no había demasiado turismo para la época del año en que se hallaban, y resultaba lógico, dada la situación mundial, de incertidumbre e inquietudes.

La hermosa turista recibía, como siempre, a su paso, miradas e incluso comentarios de admiración masculina, y alguna que otra ojeada de profunda envidia femenina. Ella, inalterable, como ajena a todo lo que su persona provocaba, se movía altanera, majestuosamente, sin inmutarse por nada de cuanto la rodeara.

La educación psíquica y física que el Centro proporcionaba a sus agentes, era total. Absoluto dominio de las emociones, control de los nervios, de la propia mente, equilibrio emocional, serenidad hasta en los peores momentos, y una ausencia total de emociones y de precipitadas decisiones en cualquier situación, por delicada que fuese. Así era Sonia Stravy. Así decían que era también el hombre condenado a morir en aquella prisión gris y maciza de las afueras, Leo Skrag.

Ella evocó mentalmente cuanto sabía sobre Leo Skrag. No le conocía personalmente, pero sí por fotografías, filmaciones y documentos estudiados en el Centro Secreto Estratégico, antes de partir para aquella misión.

Lo que recordaba de él era una perfecta imagen de Leo Skrag. La memoria y la retentiva, eran también sólidamente educadas y desarrolladas en los métodos de instrucción especial de los espías al servicio del Frente de Revolución Mundial.

Un hombre alto, enjuto, vigoroso, atléticamente perfecto, de viril apostura, guapo y enérgico, de cabellos castaños, rebeldes, de grises ojos de acero. De mente rápida, músculos poderosos y tremenda intuición. Así era Leo Skrag. Y así lo recordaba ella en estos momentos.

Era de lamentar que un hombre así muriese. Pero Sonia podía solamente sentir compasión por él como mujer. No como miembro del Centro Secreto Estratégico. No como ciudadana de su país. Leo Skrag ni siquiera era compatriota suyo. Solamente un idealista al servicio de una causa, de una ideología política que era la misma del comandante Syrio, de ella, de su patria, y de todo el Frente de Revolución

Mundial.

Además, Leo Skrag tenía que morir. Ya no era útil a la causa. Había sido desenmascarado. Sus propios camaradas tuvieron que entregarlo a las autoridades locales, para poder evadirse ellos. En esta situación, Skrag era un estorbo. Incluso podía hablar demasiado, denunciar a otras personas que formaban parte de la célula de espionaje y sabotaje en los Estados Libres.

Sonia se había habituado a contemplar con indiferencia la muerte ajena. Y estaba segura que, del mismo modo, contemplaría la suya propia, cuando llegase, si tenía tiempo para ello. No sentía miedo de morir. No amaba particularmente su vida, salvo en lo que tuviera de entrega y utilidad a su causa. Eso también se lo habían enseñado en el Centro, a lo largo del proceso de reeducación del individuo, que formaba parte del programa del Estado. Sonia no lo olvidaba. No hubiera podido olvidarlo aunque quisiera. Una vida, cualquier vida, nada significaba ante el triunfo de la idea, de la política defendida, de la victoria final sobre los demás países e ideologías.

Había conectado la televisión de un modo casi automático. Emitían un programa musical, mucho más audaz y resplandeciente que los que acostumbraban a emitir en su país. Contrastaba aquella libertad y alarde de espectacularidad, con la sobriedad casi castrense de los programas de su país. Pero Sonia estaba perfectamente mentalizada para despreciar cosas así, y limitarse a contemplarlas como una prueba más de la decadencia social y moral de quienes iban a ser, no tardando mucho, sus enemigos en el campo de batalla.

Se interrumpió el programa musical para emitir un boletín de noticias. La pantalla estereoscópica de la SD-Visión, presentó a un locutor informando de los acontecimientos de última hora.

Sonia escuchaba indiferente, como lejana, hasta que se irguió, alerta, cuando el informador citó el nombre de Leo Skrag:

«Acabamos de recibir en estos momentos la noticia, señoras y señores, de que un enemigo de nuestro país, el agente extranjero Leo Skrag, condenado a muerte por espionaje y actos de sabotaje en favor del Frente de Revolución Mundial, se ha evadido de la penitenciaría militar, causando heridas de alguna consideración a dos de sus celadores, y siendo imposible a los guardianes armados hacer blanco en el fugitivo. Se le busca en estos momentos intensamente por toda la región, confiándose en que, muy en breve, el espía pueda ser capturado de nuevo, y vuelva a su celda, para, en este caso ser ejecutado ya sin pérdida de tiempo, y sin más aplazamientos generosos del cumplimiento de dicha sentencia, por parte de nuestras autoridades militares. Seguiremos informándoles en sucesivos boletines informativos. Entretanto, aquí tienen el rostro de Leo Skrag, junto con su descripción detallada, por si algún ciudadano, en el

cumplimiento de su sagrado deber, puede ayudar a las autoridades, localizando o identificando al evadido.»

Y el rostro de Leo Skrag, viril, atractivo, duro y enérgico, apareció en la imagen en color y tres dimensiones de la estereovisión incrustada en el muro de la habitación del hotel.

Sonia Stravy contempló larga y silenciosamente, con su ceño fruncido y sus ambarinos ojos centelleantes, la efigie de aquel hombre.

De repente, supo que debía emitir con urgencia al Centro Secreto Estratégico de su país.

Y después, sin pérdida de tiempo, abandonó el hotel.

Tenía que encontrar a Leo Skrag. Era su misión en estos momentos.

CAPITULO V

—¿Evadido?

—Sí, Skrag. La radio, la televisión y los periódicos impresos o filmados, han emitido ya la noticia a todo el país. Pronto será una información extendida por el mundo. Y, naturalmente, incluso llegará hasta el Centro Secreto Estratégico.

—Entiendo —suspiró Skrag, pensativo, inclinando la cabeza—. Ya comenzó la gran farsa,

—Eso es —sonrió el doctor Colfax—, Ya comenzó.

—¿Quién se ha evadido de esa prisión en mi lugar, si yo no me he movido en todo el tiempo de aquí, doctor? —quiso saber Skrag, profundamente intrigado.

—Un perfecto «doble» suyo, debidamente adaptado por medio de cirugía plástica, para hacer más notable el parecido. El interpretó el papel, de acuerdo solamente con unas pocas personas de la prisión: el alcaide, el oficial de servicio y dos celadores de absoluta confianza. Se fingieron las heridas, pero son ciertas, para que los médicos de la prisión las certifiquen como auténticas. Ahora, su «doble» permanece oculto, y no reaparecerá hasta que cambiemos de nuevo su rostro, y nadie lo relacione con usted.

—Entiendo. Todo muy ingenioso. Muy hábil. Pero ¿y yo, doctor? ¿Qué debo hacer yo, qué se supone que haré cuando salga de este recinto?

—Será informado a su debido tiempo. El coronel Dugan vendrá en su momento a darle instrucciones exactas. Eso no tardará mucho en suceder. Usted debe abandonar el país en breve plazo, para regresar a su mundo, Skrag.

—Mi mundo... —suspiró el joven espía, sacudiendo la cabeza—. El mundo que me entregó y me dejó morir... El mundo que se aprovechó de mis ideales para su beneficio. Sí, se supone que debo volver allá, e incluso fingirme tan ardiente defensor de su causa como antes.

—Forma parte de su misión —le recordó el doctor Colfax—. Con ello, por desgracia, no salva usted su vida, Pero facilita el futuro a la única persona a quien debe fidelidad y amor: su esposa.

—Sí, lo sé. Por ella lo hago. Por ella..., y quizá también por mi venganza. Doctor Colfax, ¿me será posible ver a Gala... antes de... antes de partir para siempre?

—¿Ver a su esposa? —el cirujano frunció el ceño. . Luego, sacudió la cabeza lentamente—. No, me temo que no. Sería peligroso.

—¿Peligroso? ¿Por qué motivo?

—Ella será vigilada ahora, al haberse evadido usted. Recuerde que

la policía y el ejército ignoran la verdad y le buscan realmente a usted. Podrían esperar a que hiciera una visita a su esposa, y al descubrirle, disparar sobre usted. Eso terminaría definitivamente con nuestra misión.

—Y... ¿la destruiría a ella, por supuesto?

—No. Solamente a usted, Skrag. Una bala, sólo puede matarle a usted.

—¡Pero usted mismo me ha dicho que ahora soy una bomba humana, a punto de estallar en cualquier momento!

El doctor Aaron Colfax, cirujano especializado de los Servicios de Inteligencia de la Unión de Naciones Libres, paseó en silencio por la amplia sala aséptica, crudamente iluminada por blancos paneles de luz, mientras su paciente permanecía sentado en medio de la misma, bajo los controles rigurosos de una serie de complicados aparatos electrónicos que establecían el estado total de su cuerpo, y sus más mínimas reacciones físicas y psíquicas, reflejadas en grandes pantallas luminosas, de impulsos electromagnéticos.

—No, Skrag —dijo al fin, deteniéndose ante las pantallas de los «lectores», y sacudiendo la cabeza—. Está usted en un error. No es eso lo que le dije. Usted es una bomba en estos momentos. Un hombre-explosivo. Su cuerpo encierra una nueva sustancia, capaz de destruir un amplio radio de acción totalmente, en cuanto se inflame. Cuando estalle esa sustancia, usted estallará con ella. Y todo cuanto le rodee. Su cuerpo es ahora un sistema complejo de circuitos. Sus nervios y los electrodos injertados en su persona, su cerebro y las células fotoeléctricas inyectadas en él, los circuitos eléctricos suyos, unidos a los que hemos podido injertar en su organismo, a base de docenas de delicadas intervenciones quirúrgicas, hacen de usted una máquina perfecta de destruir.

—Dios mío... Como un robot.

—Peor aún, lo confieso. El robot es un cyborg, un hombre que se mueve mecánicamente. Usted, no. Es dueño de sus actos. Nadie le controla. Pero lleva la muerte consigo. Una forma de muerte que nadie puede detectar, porque los materiales utilizados son todos de una materia plástica aislante especial, que impide que incluso los sistemas de detección más delicados acusen su existencia. Es decir: le revisarán sus ropas, cuanto lleva encima. Le pondrán ante una pantalla de rayos X o ante una computadora reveladora de datos, totalmente desnudo. Y usted no les revelará «nada». Será un ser normal ante todo examen..., pero dentro de usted estará ese sistema de destrucción a punto. Sólo que tal sistema únicamente puede actuar de «dos» formas: o bien provocando usted los contactos adecuados en el período de tiempo preciso, y por propia voluntad por tanto..., o bien dejando que ello llegue a su punto final de resistencia. Entonces,

si usted no ha actuado por la razón que sea, el mecanismo injertado en su cuerpo se dispara solo. Y usted estalla, con las mismas consecuencias para cuantos le rodean.

—De modo que no cabe posibilidad de evasión —rió entre dientes Skrag con acritud—. Debo morir de todos modos.

—De todos modos, sí.

—Si me niego a provocar los contactos de los electrodos de disparo del detonador..., el explosivo actúa por sí solo, al cumplirse un plazo determinado.

—Exactamente. Un plazo de sólo seis días. Debe actuar muy de prisa.

—Seis días... —meditó Skrag. Alzó luego la cabeza—, ¿Y si yo les traicionase a todos ustedes, doctor Colfax? ¿Y si llegara, allá y... confesara la verdad? Ellos podrían salvar mi vida, desconectar el sistema, operarme de nuevo, para romper algún circuito especial..., para sacarme del cuerpo el plástico explosivo especial...

—Imposible, Skrag —negó rotundamente el doctor, sacudiendo la cabeza—. Todo eso se ha previsto ya. No hay posibilidad. Aun actuando así, moriría. Apenas un bisturí o cualquier otro cuerpo tocara uno de sus circuitos o intentara llegar a la pequeña pero poderosísima carga de explosivo que usted almacena en una parte de su cuerpo, se produciría la explosión automática. Usted quizá lograría salvar a sus antiguos camaradas, pero no se salvaría a sí mismo en modo alguno. Sería un sacrificio estéril.

—Entiendo. No han olvidado detalle...

—Ninguno —convino Colfax, que consultó su reloj y manifestó fríamente—: Recuérdelo, porque es importante, Skrag. Dentro de seis días, exactamente, a esta misma hora, las doce del mediodía, usted estallará en mil pedazos, llevándose consigo cuanto le rodee, en una amplia área, si antes no ha provocado por sí mismo la explosión. Y recuerde otra cosa: ni un disparo, ni una herida, ni un golpe, por fuerte que sea, activará su sistema detonador en momento alguno.

—¿Y si ese golpe, herida de bala o arma blanca alcanza uno de mis circuitos? Usted ha dicho que la intervención quirúrgica sí provocaría la explosión...

—Está medido minuciosamente todo. Depende del impulso dado al impacto que hiere. Si usted recapacita, nadie hiere con arma blanca utilizando ésta con igual delicadeza que un bisturí. El impulso fuerte, seco, de shock, no provoca el funcionamiento de la detonación. La acción delicada, forzosamente delicada, si se quiere extirpar algo tan microscópico y tan introducido en sus tejidos como es el sistema de percusión y explosión que usted lleva consigo, ésa sí produce el funcionamiento automático e inmediato del circuito central, directo al detonador y a la carga del microexplosivo.

—Uf... —resopló Skrag—, De modo que si disparan sobre mí, pueden matarme..., y la explosión no se produce.

—Exacto. Usted puede salvar así a sus camaradas, si lo desea, pero siempre muriendo usted. Aunque luego su cadáver estallaría, llegado el momento. Le repito que sería un sacrificio tonto, puesto que usted ha sido traicionado y enviado a morir por ellos. Pero en su mano está inutilizar nuestra misión, es cierto. Como también podría perderse todo si va a despedirse de su mujer, y es sorprendido por. alguna patrulla y acribillado allí mismo. Todo nuestro esfuerzo, toda la Fase Diez, hubiera sido tiempo perdido. Hemos hecho de usted una máquina aniquiladora, Skrag. Pero no podemos controlarlo como a un robot. Usted sigue siendo humano, después de todo.

—¿Y de qué me sirve? —rió con ironía Leo Skrag—. Una bomba humana en movimiento... Sólo puedo aspirar a dos alternativas: morir sin causar daño a nadie más..., o morir destruyendo cuanto me rodea. Hermosa perspectiva, doctor Colfax.

—Usted la eligió. ¿No es mejor y más digna que morir ante un pelotón de fusilamiento?

—Quizá —Skrag se encogió de hombros, poniéndose en pie, con un bostezo, cuando las computadoras señalaron que el examen físico y mental estaba completado con resultados totalmente positivos—. De todos modos, ellos también deben vigilar a estas horas a mi mujer, por si se me ocurre ir a verla. Lo que ignoro es si proyectarán asesinarme..., o rescatarme para ellos, puesto que siempre les fui útil en mis servicios.

—Es un arma de doble filo, Skrag. Ir a ver a Gala, su mujer, podría ser una forma idónea de volver con ellos en manos de sus propios agentes. O bien una forma estúpida de ser muerto por nuestros soldados o por sus espías. De cualquier modo, me temo que ni el coronel ni yo podremos influir en sus decisiones, una vez salga de aquí, como el evadido de prisión que trata de salir del país a cualquier precio...

—Y si tratasen ustedes de ayudarme, ellos podrían sospechar un truco. No son tontos, ni mucho menos. Incluso es posible que a estas horas, alguno de sus agentes especiales esté aquí, a la espera de acontecimientos... Conozco sus métodos, doctor.

—Sí, usted lo conoce todo sobre ellos. Es el único hombre capaz de llegar hasta el mismo Centro y causar su destrucción total, Skrag. Por eso se le eligió. De usted depende que la Fase Once marque el éxito de nuestro proyecto..., o el fracaso más absoluto. Una máquina, una bomba, actúa fríamente, sin razonar. Usted es un ser humano, convertido en bomba viviente. Es la diferencia. Usted puede pensar, sentir, sufrir emociones de todo tipo... Ahí está el gran problema de nuestro proyecto. Lo sabíamos antes de iniciarlo. Y ahora estamos

más convencidos que nunca de lo difícil que puede resultar todo...

—Difícil... —Skrag se tocó el cuerpo con sus dedos extendidos—. Más lo será para mí, doctor Colfax, cuando tenga que unir mis talones, mis rodillas, mis dedos..., y saber que eso provocará el holocausto, el caos total. El fin de mi existencia...

—Sé que es cruel. Se le sacó de una celda de condenado a muerte, para convertirle en un mecanismo condenado a destruirse... Pero, Skrag, ¿no se había hecho ya a la idea de morir, de todos modos?

—No, doctor. Uno nunca se hace a esa idea. Y menos cuando ha vuelto a sentirse libre, sin rejas... Parece que la vida y la libertad están ahí, al alcance de mi mano, apenas salga de este recinto. Y, sin embargo, nada más falso, nada más erróneo. Seguiré siendo un condenado a muerte con los días contados... Es más cruel, doctor. Mucho más cruel e inhumano que dejarme morir ante un pelotón de fusilamiento. Pero conozco esto. Forma parte de mi vida. Sé que los Gobiernos no tienen piedad ni humanidad, cuando se trata de manejar peones humanos en una partida como ésta... Y acepto mi destino. Lo acepto con todas sus consecuencias. No les fallaré. No espero hacerlo. Pero no me pidan que actúe a gusto de ustedes, como una máquina movida por impulsos electrónicos. Sigo siendo un hombre, pese a todo, aunque sólo en mi envoltura. Actuaré como guste, una vez fuera de aquí. Y confío que, aun así, llegaré a cumplir la misión que esperan de mí. Después de todo..., es lo mejor que puedo hacer. Pero no me impidan algo, doctor. No me impida nadie ver a mi mujer, antes de abandonar este país para siempre...

*

—¡Leo! ¡No es posible...!

Su grito se ahogó en parte. Skrag pudo cubrir su boca a tiempo para que no elevara más la voz, delatándole a algún posible vigilante de la casa rodeada de jardines, en plena noche, bajo un cielo estrellado y con la ciudad en absoluta quietud y silencio.

—No, Gala, no. No grites. No levantes la voz. Podrían descubrirme. Y eso sería fatal para mí...

Gala le miró, asombrada, con sus claros ojos muy abiertos, llenos de estupor e incredulidad. Quizá también de miedo.

Al apartar Skrag su mano de la boca de la mujer, ella respiró hondo. Ahora, su voz fue solamente un apagado murmullo emocionado:

—Leo... Tú aquí... Dios mío, me había parecido imposible... Volver a verte, tenerte a mi lado... Leo, querido...

Sus bocas se unieron. Sus cuerpos se fundieron en uno solo, en un fuerte abrazo. Palpitaba el cálido cuerpo de mujer, pegado al de

Skrag. El sentía una emoción que jamás llegó a pensar que existiría en este mundo.

—Gala, mi vida,.. Gala... Por ti. He vuelto por ti. Por ti estoy aquí ahora...

Y luego, el tiempo dejó de existir para ellos. La noche fue como una eternidad en sus vidas. Pero una eternidad que duró poco. Solamente unas horas. Unas horas que ellos no hubieran podido contar. Que sólo parecieron minutos...

*

—Debo irme, Gala...

—¿Tan pronto, Leo?

—Es imprescindible. Mi tiempo es corto. Mucho más de lo que imaginas.

—Leo, si pudieras quedarte... Pero la policía pasa a menudo por aquí. Las patrullas militares te buscan. Ni siquiera sé cómo no está vigilado esto durante esta noche...

—Yo sí lo sé —suspiró Skrag, poniéndose en pie en medio de la alcoba que compartiera con Gala durante tan corto espacio de tiempo, antes de caer en poder de las autoridades locales, cuando él fingía ser un extranjero dedicado a los negocios, y de ese modo conoció a su actual esposa y se unió a ella.

—¿Tú sabes... el qué? —se extrañó la joven, envolviendo su desnudez en una túnica sedosa y suave, que permitió dibujar su silueta a contraluz, en un juego opaco de claridad y sombra,

—Las razones de que no haya vigilancia esta noche aquí. Son órdenes.

—¿Órdenes? —ella le miró, asombrada, sin entender—. ¿De quién?

—De ciertas jerarquías. Alejaron a las patrullas por unas horas. Dejaron de vigilar nuestra casa, Gala.

—¿Por qué? Ellos te buscan desde tu evasión. Pensaron que podías venir aquí..., y pensaron bien. ¿Por qué habrían de alejarse precisamente esta noche? ¿Cómo sabes tú eso, Leo?

—Porque gracias a ello podía venir a verte sin riesgos. En otro caso, podrían disparar contra mí y matarme. Era preciso dejar libre el campo. Tuvieron esa consideración conmigo, Gala,

—Me volveré loca si no me explicas más claramente lo que estás dando a entender, Leo —se volvió ella hacia su marido, con expresión de perplejidad en el bello rostro, que enmarcaban ahora los cabellos desordenados, largos, golpeando sus hombros.

—Es una larga historia. Y no merece la pena, Gala, Debe bastarte con saber que esta noche, estos momentos, han sido solamente la

despedida.

—¿La... despedida?

—Mi «hasta nunca», Gala. Me debo marchar ahora. Nunca más volveremos a vernos.

—¡Nunca...! Es demasiado tiempo, Leo. Te buscaré, iré contigo adondequiera que estés... Incluso puedo acompañarte ahora en tu fuga, si tienes una idea de adonde ir...

—Sé adónde ir. Y allí no puedes ir tú, Gala, Debo ir yo solo. Para no volver jamás.

—Leo...

—Es inevitable. Gracias a eso estoy libre ahora y pude venir a verte, a despedirme de ti para siempre, a llevarme conmigo el recuerdo de tu fragancia, de tu piel cálida y suave, de tu boca, de tus besos, de tus brazos - tiernos y afectuosos... Gala, te amo. Y debo perderte. Debo pensar que nunca más nos veremos en este mundo.

—Leo, me asustas,.. Si nunca hubieras vuelto, todo sería diferente. Me había hecho a la idea. Pero así, ahora, tras estos momentos a tu lado..., todo va a ser peor aún.

—Lo sé. Ahora me doy cuenta. Quizá fue un error venir aquí, Gala. Eso ya no se puede remediar. Necesitaba verte. Decirte adiós.

—Pero..., ¿adónde vas ahora? ¿Por qué dices que las autoridades te ayudan, cuando eres un reo sentenciado a morir, y te has evadido de prisión?

—Todo es fingido, Gala,

—¿Qué dices? —abrió ella enormemente sus ojos.

—Todo es falso. Un plan complicado y terrible que no quiero explicarte. Sólo deseo que sepas que la muerte va conmigo. Pero que al morir yo, otros lo harán a mi lado. Será como un ajuste de cuentas. Y, al mismo tiempo, la forma de dejarte resuelta tu vida. El Gobierno hallará el medio de darte una pensión vitalicia en forma disimulada...

—Leo, de todas formas será mejor que morir fusilado. Tendrás una oportunidad, por remota que sea...

—Ninguna, Gala. Ninguna oportunidad. Ninguna esperanza, Pero lo prefiero así. Mi muerte es irremediable. No puedo evitarla.

—Pero..., ¿cómo tendrá lugar? ¿En qué modo has de morir? —se exasperó ella.

—No. No lo creerías... —suspiró él con una mueca irónica—. No vale la pena hablar de ello, créeme. Debe bastarte con saber que me marcho del país. Que tengo algo por hacer, junto con mi muerte. Algún día lo sabrás..., y entenderás, cariño mío. Ahora..., adiós.

—Leo, mi vida...

—Adiós, Gala.

Se abrazaron de nuevo. Un beso fundió sus labios. Ella parecía atraerle, sujetarle, aferrarle a aquel lugar, tentarle a no partir... Pero

Skrag sabía que eso era imposible. No podía ceder a tentación alguna. Tenía una tarea por cumplir. Y poco, muy poco tiempo para culminarla.

Se apartó de ella. Sus bocas se separaron. Los ojos de Gala aparecieron húmedos de emoción. El encajó las mandíbulas. Por muchos circuitos electrónicos y células fotoeléctricas que hubieran almacenado en su cuerpo, por muy mecanizado que estuviera su sistema nervioso y sus reflejos mentales, seguía siendo humano, sentía como tal. Y amaba a Gala...

Era el peor momento. El más doloroso. Pero no podía hacer otra cosa. Había llegado el momento de partir. Ya.

Sin una palabra más. Despidiéndose con la mirada. Ella, alzando una mano temblorosa, estremecida. El, dominando sus sentimientos, sus impulsos todos, sus emociones. Haciendo que su frialdad le dominara toda otra sensación.

Luego, cruzó la puerta de salida. Cerró tras de sí. Y echó a correr, cruzando el jardín velozmente, seguro de que, no tardando mucho, las patrullas volverían a vigilar la casa, pese a cuanto el coronel Dugan hiciera esta noche por impedirlo el mayor tiempo posible.

Alcanzó la zona de sombras, allá en el sendero hacia el centro urbano. Se adentró entre una frondosa arboleda, donde dejara un vehículo que le suministrase el coronel, aunque caso de ser sorprendido con él, la policía descubriría que era un monoplaza robado.

Estaba abriendo la portezuela, cuando el frío contacto en su nuca le petrificó. Y la sorda voz, autoritaria y firme, le conminó:

—Un solo movimiento más, Leo Skrag, y eres hombre muerto.

CAPITULO VI

No es que le asustara la idea. Morir era su destino inmediato, a fin de cuentas. Para él la Muerte era una leal compañera metida en su propia piel. Y Dios y él bien sabían que eso no era sólo una frase.

De todos modos, se enfureció consigo mismo, por haber caído tan estúpidamente en el cepo preparado. Esto podía ser el fin de algo más que su propia vida. El fin de una seguridad para Gala. El fin de una justa venganza sobre los que le traicionaron vilmente. El fin de la misión que unos hombres que nada le debían, le habían asignado, confiando sólo en su honestidad de hombre y de esposo. Y, quizá, el fin de una esperanza: la paz futura. Ahora se daba cuenta exacta de lo que dependía de él, pese a que desconocía la naturaleza de la terrible arma en ensayo, allá en el Frente de Revolución Mundial. Destruir a sus delatores, era destruir el medio que poseían ellos para destruir al mundo o, como mínimo, coaccionarlo para una rendición sin condiciones.

La voz insistió, con frialdad patente:

—Ya lo ha oído, Skrag. Ni un movimiento. No intente nada. Toda la ventaja está de mi parte. Y no vacilaré en matarle, si me obliga a ello.

Aquella voz tenía algo raro, pese a su tono autoritario y áspero. Replicó él, sin volverse, sin hacer un movimiento que sirviera de pretexto a su captor para disparar:

—¿Quién es usted? ¿La policía? ¿El ejército? Vamos, responda. O dispare de una vez. A fin de cuentas, no me espera nada mucho mejor en el lugar adonde me lleven...

—Vuélvase. Y muy despacio. Con los brazos muy altos, separados de su cuerpo y cabeza. Me conozco todos los trucos, Skrag. Es difícil engañarme, recuérdelo.

Obedeció lentamente. Se llevó una cierta sorpresa. Pero eso explicó el raro tono de la voz de su adversario. Era una mujer.

Una hermosa mujer de tez pálida, ojos de ámbar, cabello platinado. Vestía ropas ligeras y cómodas. Empuñaba un arma. Una pistola eléctrica, de silencioso y mortífero disparo a aquella distancia, capaz también de hacer disparos anestésicos a alguna distancia.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó Leo Skrag ásperamente, dominando su sorpresa—. Usted no es policía. Ni soldado tampoco. No hay cuerpo femenino militar en este país.

—Pero sí en el suyo —replicó ella, irónica, empleando su propia lengua nativa—. Y en los países vecinos y amigos del suyo, Skrag.

—Creo entender... —Leo entornó los ojos, poniéndose más en

guardia que nunca, aunque fingiendo en su rostro una complacencia, una esperanzada alegría que no sentía ni mucho menos—. Usted... es una camarada. O quizá una agente enemiga que quiere engañarme...

—No, Skrag. Soy camarada suya. Y del comandante Syrio...

—¡Syrio! —la aparente desconfianza de Skrag se diluía—, De modo que le conoce...

—A él, al capitán Kozak, a sus camaradas Yuvlo y Zarox... ¿Quiere más detalles?

—Sí —cortó él fríamente, clavando sus ojos en ella—. El Código Secreto, por favor. Sin él, no puedo creer una sola palabra, bella dama.

—Oh, el Código... —suspiró ella con una media sonrisa y un centelleo de astucia en sus profundos ojos ambarinos—. Está bien, desconfiado. Me gusta que la gente sea así. Se lo diré, para que se convenza: «Núcleo AQ-1003, recuerda a sus hijos predilectos que el águila dorada de la Victoria está sobrevolando el mundo para caer sobre el enemigo cuando llegue la hora.» ¿Complacido, Leo Skrag? Ahora, deme la respuesta. Podría suceder que usted sólo fuese un «sosias», un buen «doble» del auténtico Leo Skrag a quien busco. ¡Responda ya!

—«FZ-106 saluda al águila dorada de la Victoria, y confía en que bajo su esplendor, AQ-1003 y todos sus fieles hijos sonrían felices en el futuro, edificando una nueva sociedad, más justa y más digna.» ¿Complacida usted también, señorita...?

—Elkman. Mientras permanezca en este país, Sigrid Elkman. Conocerá mi verdadera identidad cuando estemos lejos de los Estados Libres de la Unión Mundial.

—¿Cuando estemos lejos? —puntualizó Skrag con voz que él procuró sonase esperanzada y llena de una grata sorpresa—. ¿Usted y yol

—Sí, los dos. ¿O piensa quedarse aquí hasta que le den caza, cometiendo torpezas como la de esta noche? Era obvio que vendría a ver a su esposa o, al menos, lo intentaría. Ni sé cómo no le han dado caza las patrullas militares.

—Rodeaban la casa día y noche. Hoy decidieron hacerlo menos intensamente. Observé que dejaban períodos de tres horas sin vigilancia...

—Sí, yo también lo observé —replicó secamente la amante del comandante Syrio—. Vigilaba este lugar por idéntica razón. Estudiando su carácter, sabía que no trataría de abandonar el país sin despedirse de su mujer. Una reacción muy humana, pero muy estúpida también.

—Lo sé. Era la última estupidez a cometer. Planeaba irme esta misma noche.

—Pudo ser, en efecto, la última estupidez suya. ¿Cómo proyectaba abandonar el país?

—Conozco un pequeño aeródromo civil, de tipo deportivo, al sur de la ciudad. Tengo medios de apoderarme de una de las llaves electrónicas de sus hangares. Una vez allí, robar un monoplaza de largo radio de acción, será tarea sencilla. Utilizan poco combustible, y son muy rápidos y difíciles de detectar por los medios convencionales.

—Veo que no ha perdido la serenidad ni el buen sentido, pese a todo —suspiró ella con aparente alivio. Afirmó luego con un movimiento de su platinada cabeza—: Sí, es un buen procedimiento, pero yo tengo uno mejor. Utilizaremos mi estrategia, Skrag. Poseo más recursos que usted, en este momento.

—Lo creo. ¿Qué planea, señorita Elkman?

—Llámeme Sigrid. Es menos ceremonioso. Somos camaradas en este juego, Skrag, no lo olvide. Al venir aquí, nunca pensé que llegara este momento. Mi misión era informar de lo que sucedía con usted, de la fecha de su ejecución, y cosas así. No pensé que pudiera evadirse.

—Yo tampoco. No fue tarea fácil, se lo aseguro. El aplazamiento de la ejecución facilitó las cosas. Me creían tan seguro, que nadie pensó en mi evasión.

—Hablaemos de eso más tarde —ella bajó el arma, enfundándola bajo sus ropas; justamente en un estuche adherido a su estómago, que Skrag vislumbró en la rápida maniobra. Ciertamente, la hermosa espía tenía un cuerpo escultural como pocos—. Ahora, en marcha. Deje de mirarme como un tonto. ¿No ha visto nunca a una mujer?

—Claro. Pero pocas veces tan hermosa. Si acaso, Gala..., y ahora usted.

—Pues no se haga ilusiones durante el viaje —cortó ella secamente—. No soy Gala ni hay nada entre nosotros. Sólo nos une nuestro ideal y nuestra causa, ¿Entendido, Skrag?

—Por supuesto. Usted se expresa con mucha claridad, Sigrid.

—Celebro que piense así. Tengo un enlace clandestino en la ciudad. Nos facilitará una lancha especial sumergible, que nos conduzca hasta altar mar. Es una lancha que no puede ser detectada por el radar ni por los sistemas fotoeléctricos, debido a un campo antimagnético y antieléctrico que crea ella misma. Eso dura poco tiempo, pero suficiente para llegar a un punto de alta mar donde nos esperará una nave anfibia que, bien por mar, bien por el aire, nos llevará directamente a mi país.

—A casa... —suspiró Skrag con fingida alegría—. De regreso, después de todo... Será como volver a nacer, tras esos horribles días en una celda, esperando el fusilamiento.

—Comprendo lo que siente —afirmó ella, despacio—. Vamos ya, camarada. Tenemos que estar lejos de aquí cuando amanezca...

Informaré por radio al Centro Secreto Estratégico, Les va a alegrar mucho que, en vez de darles noticias de su muerte, les notifique que regresamos. Usted es un agente valioso para nosotros. Hubiera sido una lástima perderlo.

Skrag asintió, sin decir palabra. Interiormente, se preguntaba si ella sería tan cínica como para conocer la verdad y hablar así, o sería por el contrario otra de las víctimas de una falaz política de engaños, de hipocresía, de mentiras capaces de cerrar los ojos a todos cuantos militaban en el Frente de Revolución Mundial.

Pero él sí sabía ahora la clase de personas que eran sus superiores. Quizá fuese cierto que él les era útil. Pero llegado el momento de sacrificarlo, no dudarían lo más mínimo en hacerlo, como habían demostrado ya anteriormente, en una situación desesperada. No eran idealistas los que ellos querían, ahora lo veía claro. Cuando había que prescindir de alguien, era preferible deshacerse de los hombres de buena fe, de los que sentían la causa, y no de los mercenarios, que igual servían a una doctrina que a otra.

De todos modos, el destino estaba mejorando las cosas para que el plan diera resultado. Ahora, no tendría que buscar la evasión del país por sus propios medios. Por el contrario, sería ella, la que decía llamarse Sigrid Elkmán —al menos durante su estancia en las Naciones Libres—, quien facilitaría las cosas.

—Que haya suerte, camarada —dijo con un suspiro, echando a andar a través de la arboleda, junto a la rubia y hermosa espía.

—Vamos a necesitarla—afirmó ella, pensativa, abriéndose camino resueltamente.

*

—¡Libre! ¡Skrag está libre... y viene hacia acá!

El capitán Kozak dio un respingo ante la noticia. Asombrado, el oficial de la Guardia Popular del Estado, se quedó contemplando con incredulidad al comandante Syrio.

—No es posible... —jadeó—. ¿Cómo pudo hacerlo?

—Lo ignoro. Es el mensaje radiado por Sonia hace solamente unos minutos, Kozak. Se evadió de la prisión militar, hiriendo a dos guardianes. Sonia le localizó cerca del domicilio de su esposa. Ahora, vienen ambos hacia acá. Parece que todo se desarrolla con éxito, por el momento. Tendremos más informes en horas sucesivas, si todo va bien.

—Cielos, nunca lo hubiera creído...

—Yo tampoco. Cuando tengamos aquí a Skrag, sabremos cómo le fue posible evadirse. El mismo nos lo contará.

—¿Seguro que no se trata de ninguna trampa? —dudó el capitán

Kozak, desconfiado.

—El ha exigido el Código y ha contestado correctamente al mismo. No es, por lo tanto, ningún suplantador. Por otro lado, no creo que se haya vendido al enemigo.

—¿Y... si fuese así, comandante?

—Lo sabríamos muy pronto —sonrió enigmáticamente Syrio—, No tardará en tener información de nuestros agentes infiltrantes en las Naciones Unidas. Además, está el propio Skrag. Será interrogado aquí, sometido a control riguroso, vigilado muy de cerca... A nosotros, no puede engañarnos. Por otro lado, no le creo capaz de ello, siendo como es un idealista. El ignora, después de todo, la traición de que fue objeto por nuestra parte.

—Pero puede que sospeche de la traición de Yuvlo y de Zarox...

—Bueno, eso no podemos evitarlo —rió el comandante entre dientes—. Dejemos que sean ellos mismos quienes carguen con sus responsabilidades. Es el Mando el que ha de quedar siempre al margen de todo. Y así será. Skrag no se vendería a las Naciones Libres, estoy seguro. Primero, por convicción propia. Segundo, porque sabe que eso sería su muerte.

En aquel momento, entró un funcionario en la estancia. Saludó rígidamente, y tendió un documento al comandante Syrio.

—Señor, este mensaje ha llegado ahora mismo desde nuestra Embajada en...

—Sí, imagino lo que dice —suspiró Syrio tomando el mensaje—. Es un télex que nos notifica la evasión de Skrag. De todo modos, ya es noticia vieja. Puedes retirarte.

El funcionario obedeció, con otro saludo brusco, y los dos altos jefes de los Servicios de Inteligencia del Frente de Revolución Mundial cambiaron una mirada, tras examinar el télex que confirmaba el mensaje de Sonia Stravy.

—Bien —suspiró el capitán Kozak—. Ahora, sólo nos queda esperar a Leo Skrag... y a su amiga, comandante. Ella parece que está haciendo una buena labor...

—Es muy inteligente Sonia —rió, complacido, el comandante—. Una criatura admirable. Si algo esconde Skrag, ella será capaz de descubrirlo durante el viaje, estoy seguro. No se le escapa nada a mi pequeña Sonia... Cuando lleguen aquí, lo sabremos todo sobre él y su fuga de la prisión militar, no lo dude, capitán Kozak... De todos modos, voy a recurrir por otro lado a mis fuentes especialísimas de información, para estar bien seguro. Si cuando él llegue aquí, todo es normal, y nuestro hombre no esconde nada, será como un héroe para el pueblo, y sacaremos partido de eso. Tendrá un recibimiento triunfal y recibirá grandes honores del Régimen. Pero si hay algo oscuro o inconfesable en su comportamiento...

—¿Qué ocurriría entonces con él, comandante? —preguntó Kozak con morbosa curiosidad.

—Entonces..., valdría más que no hubiese nacido. Porque su suerte iba a ser tan horrible, que la muerte, a su lado, le parecería una auténtica bendición del cielo... y nos imploraría una y mil veces que pusiéramos fin a su existencia. Por su bien y el nuestro, confío en que no sea ése el caso.

*

La nave anfibia sobrevolaba majestuosamente el océano y las islas, dirigiéndose al Continente, donde le esperaba a Leo Skrag el desenlace alucinante de su aventura y de su propia vida.

Ninguno de ellos necesitaba tripularlo ahora. El piloto automático actuaba en su lugar, rectificado y controlado siempre por la sensibilidad de los sensores electrónicos. Podían permitirse un descanso, mientras se alejaban millas y millas de las costas y de las aguas de las Naciones Libres, agrupadas en la Unión Mundial.

—De modo que se casó usted con una extranjera, según me estaba explicando...

—Sí —asintió Skrag, a la pregunta de su bella compañera de viaje—. Yo llevaba poco tiempo fuera de nuestros países hermanos. Conocí a Gala, precisamente nacida en una nación que ha de ser enemiga nuestra, pero me sentí atraído por ella, sin que sus ideas y las mías fuesen obstáculo alguno para nuestro amor.

—Usted... ¿le confesó a ella quién era, realmente? —quiso saber Sonia, fijos sus ojos color ámbar y oro en él—. Quiero decir, ¿le declaró cuál era su sentir político?

—No. Ella no preguntó tampoco nada, aunque sabía que, dado mi origen, podía suceder que mis ideas fuesen muy distintas a las suyas. Luego..., luego, desgraciadamente, sí lo supo todo. Cuando fui detenido, conoció no sólo mi modo de pensar y sentir, sino también mi condición de espía al servicio de otra nación que no era la suya.

—¿Cómo encajó el golpe?

—Bastante bien. Estuvo a despedirme en la prisión. Se portó serenamente. No me reprochó nada. Incluso me alentó, diciendo que si moría por una idea que creía justa, ella me disculpaba y me recordaría sólo por mi persona y nada más. Por lo felices que habíamos sido, y por lo que pudo ser y no fue. Esta noche, al verme, su alegría fue muy grande. Pero también su dolor, Sigrid’.

—Oh, eso... —ella sonrió, agitando una mano—. No, no me llame así. Sigrid Elkman era mi nombre supuesto, mientras estuviera en ese país. Me llamo Sonia. Sonia Stravy.

—Sonia Stravy... —Skrag se irguió súbitamente, como golpeado

por un mazo. La miró, estupefacto—. Pero..., ¡pero yo conozco el nombre de una Sonia Stravy y... y no puede ser usted...!

—¿Por qué no? —le preguntó ella, divertida.

—Ella es..., es la... la...

—La amiga íntima del comandante Syrio —completó ella suavemente—. Su amante, ¿no?

—Sí, eso es. Usted no me parece la mujer capaz de...

—¿Capaz de ser amiga del comandante Syrio? ¿Por qué no? ¿Se da cuenta de que, según lo que diga, mi amigo puede sentirse muy furioso contra usted?

—No me importará, la verdad. Usted parece una dama. Toda una dama. Podría aspirar a mucho más que ser la amiga íntima de ese hombre.

—¿Lo ve? Si le digo eso a él, va a tomárselo muy a mal, Skrag. Eso no le conviene...

—Hay tantas cosas en el mundo que no me convienen... Me gusta ser leal conmigo mismo y con los demás. No me gusta la mentira, salvo en mi profesión, que consiste en mentir. Esto es diferente.

—Pero peligroso. Su disciplina le exige respeto a sus superiores. Syrio lo es. Caer en desgracia con él, supondría un gran infortunio para usted.

—Peor lo fue caer prisionero y ser condenado a muerte. Ya nada me asusta.

—Eso quedó atrás. Es su futuro el que debe importarle.

—Mi futuro... —se encogió de hombros. ¡Si ella supiera que no había futuro alguno!—. No estamos hablando de asuntos profesionales, Sonia. Sólo de usted, como mujer...

—La intimidad no existe en nuestros países ni en nuestra política, usted lo sabe —le reprochó ella con cierta frialdad—. Además, ¿por qué encuentra mal que sea amante de Syrio? El es poderoso, es influyente, no es mal parecido...

—Usted merece ser la esposa de alguien, Sonia. Ser dignificada como le corresponde. Yo mismo, de no tener ya mujer, sería capaz de casarme con usted, no de tenerla como amiga.

—No sé si abofetearle por atrevido... o darle las gracias por sus elogios —suspiró ella, moviendo la cabeza—. De cualquier modo, deberá olvidar esa forma de expresarse cuando lleguemos a nuestros países respectivos. Allí no iban a entender su modo de pensar.

—No veo la razón. Es un simple criterio personal.

—La persona no cuenta entre nosotros, recuérdelo. Sólo el pueblo, la colectividad. Es el principio de nuestras doctrinas. ¿Acaso le ha influido ya la sociedad en que ha permanecido este tiempo, con sus costumbres reaccionarias?

—Tal vez —confesó Skrag con una sinceridad brutal, que hizo

abrir mucho los ojos a su compañera, asombrada por aquella suicida franqueza—. A veces, uno cree sólo en lo que ha visto y conoce. Pero se debe comparar, conocerlo todo para juzgar acertadamente, Sonia.

—¡Skrag! —le reprochó ella con voz airada—. ¡Eso es totalmente subversivo, y usted lo sabe! ¡Hablar así, podría costarle la vida, en el Frente de Revolución Mundial!

—La vida... —se encogió cansadamente de hombros Leo Skrag—. ¿Y qué es la vida, después de todo? Cuando se está tan cerca de perderla, se ve que no vale tanto como creemos. Después de morir nosotros, otros siguen vivos. ¿Habría valido la pena vivir equivocadamente, y ayudar a que muchos sigan nuestro mismo ejemplo?

—Evidentemente, y según sus palabras, Skrag, será preciso que pase por un riguroso examen político-social cuando lleguemos a casa —avisó ella, incisiva—. Tendré que informar a mis superiores que su ideología se ha adulterado peligrosamente...

—Hágalo, si quiere —bostezó Skrag, tendiéndose en su asiento, que echó hacia atrás con un leve impulso, en postura de descanso—. Yo voy a dormir un poco. Y créame que no tendré pesadillas. No me asustan sus amenazas, Sonia. La muerte ha dejado de preocuparme ya...

Se quedó dormido. Sonia Stravy le miraba fijamente, con ojos centelleantes, con gesto de preocupación y sorpresa. Parecía desconcertada por la indiferencia de Skrag ante lo trascendente.

Esperó a que estuviera profundamente dormido. Y decidió estudiar su mente con un pequeño «lector de ideas» que llevaba consigo. Algo muy útil en los interrogatorios de su Régimen. Aunque había personas que habían aprendido ya a bloquear sus pensamientos incluso en sueños, para evitar la eficacia del ingenio mecánico.

Confiaba en que Skrag no fuera capaz de ello, y su aparato le permitiera llegar al fondo mismo de la mente del extraño espía salvado del pelotón de fusilamiento.

Llevaba solamente cinco minutos de examen, proyectando sobre las sienes y frontal de Skrag el rayo de luz invisible de su «lector mental», para grabar sus pensamientos, en una microcinta magnética..., cuando la Muerte se precipitó inesperadamente sobre la nave anfibia que les conducía a los países del Frente de Revolución Mundial.

CAPITULO VII

La muerte, en forma de dos naves.

Dos naves enemigas. Enemigas de Sonia Stravy, por supuesto. Enemigas suyas hasta hacía muy poco tiempo. Naves de la Unión de Naciones Libres.

Eran oblongas, muy rápidas y seguras. Se precipitaron sobre ellos, surgiendo de las alturas, muy por encima del limitado «techo» del vuelo de su nave anfibia. En sus proas, Skrag sabía que llevaban mortíferos cañones proyectores de rayos corrosivos.

—¡Estamos perdidos! —gimió Sonia, al descubrirlas en la pantalla detectora de la nave anfibia—. ¡Son naves automáticas, dirigidas sin tripulación!

Skrag sabía eso muy bien. Conocía ese tipo de naves de los países libres. Las había visto evolucionar a veces. Formaban una especie de policía en torno a las Naciones de la Unión Libre. Acostumbran tener una facilidad pasmosa de maniobra. Y grandes recursos para combatir a cualquier nave enemiga.

Sus sistemas automáticos habían indicado a los «pilotos electrónicos» que aquella nave no hacía un vuelo regular, pese a su origen aparentemente legal. Y, en consecuencia, la decisión de los sensibles sistemas computadores, era concreta: destruir la nave sospechosa, sin pérdida de tiempo.

—Calma —recomendó Skrag a Sonia Stravy—. Posiblemente nos destrocen. Pero podemos y debemos combatir las, para salvar nuestras vidas...

—¡Todo será inútil! Tienen armas. Y son más potentes y rápidas que nosotros... —se quejó Sonia, contemplando la proximidad creciente de las dos naves agresoras.

—Lo sé. No hablaba de enfrentarnos a ellas en una lucha. Sería suicida. Y estúpida.

—¿Que podríamos hacer, entonces?

—Abandonar esta nave. Saltar, Sonia.

— ¡Saltar! —ella le miró con ojos asombrados—, ¡Estamos sobre el océano, Skrag!

—Claro —asintió él—. Es difícil. Y peligroso. Pero quedarse aquí, es morir, saltar en pedazos en cuanto nos den alcance con sus armas... En el dilema, es preferible saltar. Hay dos cinturones salvavidas a bordo, dotados de turbo-reactores. Vamos, no hay tiempo que perder. Aplíquese el suyo, Sonia, Yo tomaré el mío.

Ella obedeció con presteza. Sabía ser dócil cuando alguien mostraba condiciones de mando y autoridad, en un momento

supremo. Esta era una situación límite, y lo sabía. Leo Skrag parecía el más fuerte ahora. Ella lo aceptaba así.

Unos segundos más tarde, ambos tenían puestos sus cinturones con turbo-reactores autónomos a sus espaldas. Y poco después, presionaba Skrag el sistema automático de la compuerta de salida. Ambos fueron disparados al exterior. Planearon en el vacío, a mucha altura sobre el mar, entre las nubes que les ocultaban a medias a las naves automáticas que les atacaban.

Inmediatamente, un fulgor deslumbrante desgarró el cielo. Hubo un crujido formidable, una explosión sorda... y miles de fragmentos de metales retorcidos cayeron lentamente al mar. Skrag los contempló, mientras su cinturón con reactores le mantenían, como a Sonia, flotando en el espacio.

—Destruyeron nuestra nave —murmuró—. Ahora, caeremos en el mar. Me pregunto cómo llegaremos a cualquier país del Frente de Revolución Mundial, amiga mía...

—Yo me pregunto algo más urgente y decisivo, Skrag.

—¿Qué?

—Cómo salvaremos la vida, flotando en el océano..., si es que logramos flotar largo tiempo, cosa que dudo.

Skrag no quiso responder a eso. Sabía que no tenían muchas posibilidades. Pero al menos seguían con vida. Y descendían suave, casi dulcemente, hacia las aguas situadas a sus pies. Los turbo-reactores ejercían su tarea de paracaídas, proyectando los chorros energéticos que les permitía flotar en el cielo como pájaros humanos.

—Aún no estamos en el mar, Sonia —respondió él, con cierto agrio humorismo—. Entonces, hablaremos de eso...

Ella iba a decir algo, malhumorada, cuando la cruda realidad vino a darle la más ingrata de las razones a Leo Skrag. Una de las naves automáticas emergió de entre las nubes. Parecía haberles captado. Su amenazadora proa apuntó hacia ellos...

—¡Cuidado! —aulló Skrag, que flotaba casi junto a Sonia, en el suave descenso, dándole un formidable empujón, que hizo bailotear a la hermosa muchacha en el vacío, como un muñeco inanimado.

Fue providencial el instinto de Skrag en esos momentos. El rayo del navío automático espacial, hendió con un destello azulado el vacío. No alcanzó a Sonia, Pero lo hubiera hecho, de estar ella donde poco antes flotaba en su descenso apacible.

Pese a todo, su candente contacto corrosivo, alcanzó' de refilón a los turbo-reactores de su cinturón salvavidas aéreo. Lo quemó, con un chisporroteo.

Y Sonia Stravy comenzó a caer hacia el mar, desprovista de toda protección, en una zambullida mortal. Su grito se perdió en el aire, a medida que descendía fatalmente...

Skrag sólo tenía dos caminos en ese momento: uno, dejar que Sonia fuese víctima de su propio infortunio, limitándose a seguir su descenso sin prisas, en tanto ella caía como una piedra hacia el mar. El impacto, desde aquella altura, sería mortal para la hermosa amante del comandante Syrio.

El otro camino, implicaba un grave riesgo para la vida del agente secreto salvado de la muerte en país enemigo para ir a una muerte no menos cierta entre sus propios amigos y camaradas de otro tiempo. Y consistía en acelerar la salida de energía de sus turbo-reactores, descendiendo también él a toda velocidad, para dar alcance a Sonia Stravy... y aferrarla en el aire, sujetándola contra sí, y permitiendo que un solo cinturón paracaídas actuase en beneficio de ambos, si es que soportaba la prueba, hasta llegar a la superficie del océano.

Esa incertidumbre, la duda entre dos decisiones, apenas si existió. Fue una décima de segundo, un chispazo fugaz en la mente de Skrag. Luego, actuó. E hizo lo único que su conciencia le permitía hacer, olvidándose en ese momento de todo lo demás. Incluso de lo que eran él y ella. Y del inmediato y trágico futuro.

Descendió a toda presión. Silbó el chorro de su cinturón-reactor. Y alcanzó a Sonia en su descenso mortal. La aferró en el aire, con dramática precisión. Sus brazos soportaron la brutal embestida del cuerpo que caía, aunque le pareció que se desgajaban, tal era la fuerza del descenso. El cinturón salvavidas pareció por un momento no responder al terrible esfuerzo, y ambos descendieron vertiginosamente, entre el silbante zumbido del chorro energético de su salvavidas aéreo, abrazados en lo que parecía una caída común hacia la muerte.

—¡Suélteme! —oyó gritar a Sonia, entre el zumbido del aire que cortaban ellos al caer—. ¡Suélteme, por favor, Skrag! ¡No arriesgue su vida! ¡Se matará usted también! ¡Skrag, obedézcame! ¡Viva usted, al menos...!

Pero él pareció no escucharla, aunque ella se daba cuenta de que sí la escuchaba y muy claramente. Los ojos del compañero de viaje estaban fijos en ella, mirándola resueltamente. Decidido a todo por salvarla. Incluso a morir él también.

Finalmente, hubo un frenazo, como un brusco tirón hacia arriba. Sus cuerpos quedaron suspendidos en el aire.

Y flotaron.

Flotaron lenta, majestuosamente, descendiendo suavemente hacia el mar. El cinturón de los turbo-reactores funcionaba en aquel caso. Los dos estaban salvados. Definitivamente salvados.

—Cielos... —la oyó musitar a ella—. Lo ha logrado... ¡Lo ha logrado, Skrag! Me salvó la vida...

—Claro —sonrió él—. Estaba seguro de conseguirlo.

—Pero usted sabía que, de fracasar, era la muerte cierta para ambos —dijo Sonia.

—Por supuesto. Pero no ha sido así.

—Dios mío, Skrag, ¿de qué clase de madera está hecho usted, amigo mío? ¿Es que no le asusta morir?

—No —negó Leo Skrag firmemente—. Creo que no me asusta. Y eso impide que tenga mérito cualquier acción mía. Si no tengo miedo a morir, no soy ningún valiente, ningún héroe, Sonia. Sencillamente, hago lo que creo que debo hacer.

—Sea como sea, le debo la vida. Me salvó, y yo lo sé. Arriesgó su propia existencia por librarme de morir... —los ojos de Sonia le contemplaban con profunda fijeza, en tanto descendía hacia el mar, en brazos de Skrag, a salvo ya, gracias a la acción del cinturón salvavidas de él. Y gracias, sobre todo, a su esfuerzo y decisión, por supuesto.

—Olvídelo, Sonia —él dibujó una sonrisa en sus labios, que tenía mucho de enigmática—. Es lo mejor que puede hacer. A fin de cuentas, somos camaradas, ¿no es cierto?

—Sí, claro. Pero eso no basta para jugarse la vida por alguien, Skrag. No basta...

Tocaron el mar con un brusco choque. El cinturón se hinchó inmediatamente, y pudieron flotar en su superficie, mansamente. Alrededor de ellos, la inmensidad marina era como un ondulado desierto azul. Sus posibilidades eran igual o peores que si fuesen millas y millas de arena. Allí no existía medio alguno de seguir viaje, de llegar a tiempo a su destino. Y si eso no era así... Skrag sabía que todo habría resultado inútil.

La «Fase Once» se hundiría en el mayor de los fracasos. Sin que por ello su muerte dejara de ser a plazo fijo, en terribles circunstancias.

Pero evidentemente, era su día afortunado, pensó Skrag. Y así, una vez más, el azar jugó en beneficio de él y de Sonia, Y de su secreta misión, por supuesto.

De entre las nubes, allá encima de sus cabezas, emergió algo. Una forma familiar para él. Era uno de los dos ovoides aparatos del espacio. Uno de los agresores que torpedearon su viaje, desprovisto de todo tripulante humano, y regido solamente por impulsos electrónicos, a larga distancia,

—¡Mire, Sonia! —habló Skrag, con un tono esperanzado en su voz —, ¿Ve eso? Parece que uno de nuestros agresores sufre alguna seria avería...

Ella alzó su platinada cabeza, empapada ahora de agua de mar, que daba a su pelo el aspecto de una centelleante malla de plata. Asintió, los ambarinos ojos fijos en el objetivo oval.

—Está descendiendo —dijo—. Se hundirá en el mar, si no rectifican su posición desde los controles...

—Parece que ha perdido contacto con su centro director. Está fuera de control. Pero no se sumergirá. Son anfibios. Disponen de flotadores automáticos, para salvar la nave hasta que sea rescatada.

Así ocurrió. No lejos de ellos, acaso a sólo media milla, el ovoide ingenio electrónico chocó con el mar sordamente. En el acto, bajo su cuerpo metálico, centelleante, se distendieron e hincharon unos flotadores automáticos. Quedóse meciendo suavemente en las azules aguas. Skrag y ella cambiaron una mirada.

—Vamos a intentar llegar hasta él —dijo él con energía—. Yo nadaré. Usted límitese a dejarse llevar, Sonia, sin esfuerzo por evitarlo. Eso bastará. En menos de media hora podremos estar junto a esa nave.

—¿De qué puede servir ello? —pestañeó la joven—. Funcionan automáticamente, a distancia.

—Eso déjelo de mi cuenta —cortó él—, Y ya sabe: déjese llevar sin resistencia. Es todo lo que necesitaremos.

Ella obedeció. Skrag, una vez más, tuvo razón. En veinte minutos, aproximadamente, dieron alcance al fuselaje metálico, de plastificada defensa externa. Por sus mirillas ovaladas, no se descubría a nadie dentro. Sólo una serie de mandos movidos a control remoto. Ofrecía capacidad para dos personas.

—Forzaré la portezuela. Sé cómo funcionan. Una vez tuve unos planos de uno de esos aparatos entre mis manos. Es cuando iba a sabotear una factoría militar de las Naciones Libres. Allí fui sorprendido por las fuerzas de seguridad, Sonia...

—Olvide eso ahora. ¿Qué espera conseguir con ello?

—Algunos arreglos en los mandos pueden independizarlos del control lejano, y entonces, nosotros tripularemos esa nave. ¿Sabe lo que eso significaría?

—Puedo imaginarlo. En el centro de control imaginarían que su nave se ha hundido en el mar, al perder definitivo contacto con ella. La olvidarían de momento, o se dedicarían a buscarla. Eso lleva tiempo, Skrag. ¡Tiempo suficiente para...!

—Sí, Sonia —remachó el joven espía—. Tiempo suficiente para... llegar al Frente de Revolución Mundial, a cualquiera de sus Estados, a salvo ya de todo adversario... ¡Manos a la obra!

Y Skrag, ante el admirado asombro de ella, comenzó a forcejear con la puerta de cierre electromagnético. Era el primer paso para alcanzar sus propósitos.

—Lo logramos, Sonia... El aparato responde. ¡Volamos independientemente! Y nos sobra energía en el núcleo de alimentación de la nave, para viajar hasta donde deseamos...

—Es magnífico, Skrag —ponderó ella, entusiasmada—. Lo ha conseguido gracias a su esfuerzo. Es usted un gran tipo... No sé lo que hubiera sido de mí sin su presencia, sin su ayuda y su ingenio... Y, sobre todo, sin su espíritu de sacrificio en mi favor...

—Le dije que olvidara todo eso, Sonia, Ya pasó.

—Pasó, sí. Pero no puedo olvidar. Ha significado la diferencia entre la vida y la muerte. Soy joven. Deseo vivir, aunque a veces realice misiones tan arriesgadas como la que Syrio me asignó esta vez, en nombre de nuestros ideales. Por eso no puedo dejar de pensar en todo ello. No puedo apartar de mi memoria el momento en que se precipitó a rescatarme de entre los brazos de la muerte, para acogerme en los suyos, con riesgo de su vida, Skrag.

—Tonterías —cortó él enérgicamente—. Recuerde: nuestro Régimen no admite sensiblerías. No hay lugar para sentimentalismos entre los revolucionarios mundiales, Sonia. No defraude usted a su íntimo amigo, el comandante. Él le reprocharía todo eso.

—Lo sé. Pero nadie puede impedir que sienta de un cierto modo... —tras una corta pausa, varió bruscamente de tema, contemplando fijamente los mandos que manipulaba su compañero diestramente—, ¿Seguro que desde el control nos darán por perdidos..., y por averiado y hundido a este vehículo?

—Seguro no hay nada. Pero creo que sí —sonrió Leo—. Estamos volando a toda velocidad. Rumbo a su país, Sonia. Rumbo al Centro Secreto Estratégico. Rumbo a casa, en definitiva...

Ella asintió, pensativa. Interiormente, Leo Skrag se dijo a sí mismo, sin llegar a decirlo en voz alta:

—Rumbo a la Muerte... La mía... y la de todos los demás.

CAPITULO VIII

—Bien venido al Frente Revolucionario Mundial, Leo Skrag, Agente FZ-106.

—Bien hallado, capitán Kozak —saludó militarmente Leo al hombre uniformado con el color verde de la Guardia Popular del Estado—. Creí que nunca volvería a verle.

—Lo imagino —sonrió Kozak, sin perder la serenidad de su rostro anguloso y duro—. Es como haber resucitado, ¿no es cierto, Skrag? Volver entre los suyos, para servir mejor a la causa de sus amores... Algo magnífico, amigo mío.

—¿Y el comandante Syrio? Esperaba que me recibiera él personalmente, capitán.

—No tardará en venir. Desgraciadamente, nuestro Mariscal está enfermo. El doctor Zoff, el gran cirujano del Estado, se ocupa en estos momentos de su intervención quirúrgica. Hay que salvar la vida del Mariscal, y el quirófano es la única solución. El comandante está con él, esperando el resultado de la operación. Sonia Stravy, su compañera de viaje, se ha unido ya al comandante en estos momentos. Después de todo, Sonia Stravy es hija del mejor colega que tuvo el doctor Zoff. No quiere dejar de pedirle con toda su alma al doctor, que su Ciencia le ilumine en estos momentos, en que la vida de nuestro amado gobernante está en peligro.

—Entiendo —Skrag frunció el ceño, paseando por la amplia estancia de aquel hermético y severo nido de águilas que era el Centro Secreto Estratégico del Frente Revolucionario Mundial. El Mariscal Yazok, el dictador, estaba en el quirófano. Eso paralizaba por un tiempo la vida política y pública del país. Todos estarían ahora pendientes de la salud y la existencia de su líder. Pero eso demoraba las cosas. Y Skrag tenía poco tiempo. Muy poco.

Tras una pausa, el joven agente regresado a sus tierras natales, se detuvo, contemplando al severo oficial de la Guardia Popular. Le hizo una cauta pregunta:

—¿Cómo marchan las cosas por aquí? ¿Todo ha seguido igual en el tiempo que estuve fuera, capitán?

—Podría decirse que todo ha ido mejor, incluso —rió entre dientes Kozak, con gesto risueño—. Nuestra gran arma está a punto. La nueva Convención de Ginebra no podrá oponerse a su utilización. No es bacteriológica, no es atómica. No es ningún ingenio convencional bélico de los prohibidos en la Comisión Internacional. No pueden reprocharnos nada. La victoria de nuestros ideales lo justificaría todo, Skrag.

—Sí, por supuesto. ¿Hay ya una fecha de experimentación?

—No —el capitán se hizo receloso—. El Mariscal debe dar la orden definitiva. El comandante Syrio debe saber ya algo, pero no me ha informado de ello. El ultimátum de la Unión de Naciones Libres, termina su plazo dentro de dos días. Si para entonces no nos hemos sometido a su petición de desarme y no hemos detenido la subversión armada en determinados puntos del mundo que usted conoce muy bien..., en ese caso, Skrag, seríamos atacados por los que a usted le han tenido capturado todo este tiempo, y sentenciado a morir ante un pelotón de fusilamiento. Pero, naturalmente, se llevarán una gran sorpresa. Porque nuestro ataque por sorpresa les impedirá reaccionar a tiempo en la debida forma...

—Ardo en deseos de conocer la verdadera naturaleza de nuestra arma victoriosa —comentó Skrag, procurando mostrar el mismo entusiasmo que sentía antes, cuando todavía no había sido víctima de una traición, cuando no había sido entregado al enemigo, y creía de buena fe en la honestidad de las ideas de sus camaradas.

—Todos sentimos lo mismo, Skrag —asintió con energía el capitán—. Ya falta poco para que salgamos de dudas y conozcamos nuestra poderosa arma, con todas sus consecuencias sobre el adversario.

Skrag se encaminó a uno de los ventanales del recinto político-militar. Miró al exterior, a las cumbres pedregosas que rodeaban la pequeña población allá en el valle. Uno de los secretos centros de adiestramiento castrense y de espías y sabotadores especializados, del Frente de Revolución Mundial. Todo pueblo apacible, todo lugar de tranquila apariencia, era un engaño solemne. En todas partes se preparaba la guerra, la subversión, el odio organizado contra un mundo en paz que quería vivir y desenvolverse sin venenos sectarios.

—Ah, una simple advertencia, amigo Skrag... —sonó a su espalda la voz del oficial de la Guardia Popular.

—¿Sí? —el joven se volvió hacia Kozak.

—El comandante me ha ordenado que le conduzca previamente al Departamento de Depuración y Control. Será sólo un trámite rutinario, claro, tratándose de usted.

—¿El Departamento de Depuración y Control? —Skrag notó un leve estremecimiento. La idea le inquietó—, ¿Por qué, capitán? Soy un hombre leal al Régimen. He probado esa lealtad. He estado a punto de morir por ella, Y si estoy de regreso sano y salvo, es con el esfuerzo de mi afán de vivir, y con la ayuda de Sonia Stravy, la amiga del comandante Syrio.

—Claro, Skrag. ¿Quién va a dudar ahora de su fidelidad al Partido, al Régimen, a nuestros más puros ideales? —el tono risueño y confiado de Kozak sonaba a perfidia, a engaño sinuoso, a absoluta mentira—. Usted sabe cómo se hacen estas cosas. Es la rutina. Un

simple trámite legal. Todo el que vuelve de territorio enemigo debe pasar ese examen. Será poca cosa, claro. Su caso está bien definido, pero... Debemos estar siempre bien seguros. Incluso de que no se trata de un «sosias» perfecto, compéndalo. O de que esté sugestionado, mentalizado, sometido a algún control remoto y extraño.... Son las órdenes, Skrag. No puede negarse a obedecerlas, como todo ciudadano del Frente Revolucionario.

—Está bien —resopló Skrag—. Adelante, capitán. Pasaré el trámite burocrático, como usted lo llama... Pero maldita la gracia que me hacen esas máquinas y esos controles...

—Lo comprendo muy bien —sonrió afablemente Kozak, pulsando un llamador—. Dos buenos camaradas suyos le llevarán allá, Skrag. Hasta muy pronto, amigo mío...

Se deslizó una puerta corrediza, silenciosamente. Los dos «camaradas» que aparecieron en la puerta no eran precisamente de los buenos, a juicio de Skrag. Verles aparecer y lanzarse sobre ellos con un rugido de ira, fue todo uno.

—¡No, Skrag! ¡Alto! —gritó el capitán con voz potente—. ¡No haga eso, se lo prohíbo!

Pero era tarde. Yuvlo y Zarox, los dos agentes que le traicionaron y vendieron al enemigo, allá en tierra extranjera, recibieron dos formidables golpes de los puños de Leo Skrag. Tan fuertes y contundentes, que les derribó sin conocimiento. Uno, vomitó algunos dientes, entre abundante sangre. El otro, mostraba los cartílagos de su nariz triturados por completo, y sufría también una fuerte hemorragia.

—Esto tendrá que explicarlo ante el comandante Syrio —le avisó, amenazador, el capitán Kozak—. Y no va a gustarle, estoy seguro...

Skrag, sin responderle siquiera, se encaminó por su propio pie, sin escolta, al Departamento de Depuración y Control del Centro Secreto Estratégico.

*

—¿Por qué lo hizo, Skrag? Eso contraviene nuestras leyes y normas, usted lo sabe muy bien.

—Comandante Syrio, ¿por qué me vendieron ellos al enemigo, entregándome a mis verdugos? —inquirió Leo, con tono furioso, revolviéndose hacia su superior—. ¡Eso fue una sucia felonía, indigna de camaradas nuestros!

—Sospechaba algo así, pero necesitaba su confirmación oficial, Skrag —mintió con todo cinismo el comandante—, Ahora que lo sé, le prometo que Yuvlo y Zarox, apenas sanen de su lesiones, serán sometidos a expediente disciplinario, y si son hallados culpables de

tales cargos, conducidos inmediatamente al destierro... o ejecutados por traición. Eso dependerá de nuestros jueces. Y usted sabe, Skrag, lo severos que pueden llegar a ser en caso así...

—Sí, claro que lo sé. —Leo hablaba con indiferencia, sabiendo que eso nunca llegaría a suceder. Ahora veía claro que las sospechas de sus enemigos eran ciertas. La orden de traición debió partir de más altos designios que de los dos rufianes a quienes golpeará. Ahora se daba cuenta, fríamente, de lo falaz de aquellos políticos que sólo buscaban el poder en el mundo, no la victoria de una idea política o social—. Pero de momento, ya tienen ambos un buen recuerdo mío, malditos sean los dos.

—Esta vez pasaré por alto su grave comportamiento, pero no lo repita en lo sucesivo, o me verá obligado a abrirle expediente a usted, Skrag —le sonrió, con aire cordial, al tiempo que tomaba en sus manos los resultados del riguroso control físico-mental y de los interrogatorios mecánicos en el Departamento de Depuración y Control, añadiendo casi con tono amistoso—: A fin de cuentas, es usted uno de nuestros mejores hombres... y acaba de regresar de la Muerte, como quien dice... Pero no abuse de mi predilección por usted, Skrag. Tolero muy pocas cosas, usted lo sabe, que minen la disciplina de mi gente.

Asintió Leo con la cabeza. Permaneció en tensión, vigilando a Syrio mientras éste revisaba su ficha de control, compuesta de numerosas cartulinas y cintas grabadas. En dos ocasiones, Syrio levantó la cabeza, sorprendido, mirándole con rara expresión. Pero no dijo nada.

Al fin, suspiró, tirando sobre su mesa los documentos. Su sonrisa se amplió, mientras daba cortos paseos por la estancia.

—Muy bien, Skrag —aprobó—. Los resultados son altamente positivos para usted. Ha vuelto en perfectas condiciones. Su lealtad al Sistema parece probada por nuestros medios técnicos, así como su disposición a seguir sirviéndonos con igual entusiasmo. Le felicito, amigo mío... '

—Gracias, comandante —se inclinó Skrag, respetuoso, para ocultar su complacencia por el éxito de su autocontrol mental, así como por la perfección de los injertos que convertían su cuerpo en una bomba viviente. Nadie se había dado cuenta. Ni hombres, ni máquinas, ni detectores especiales. Era como un prodigio de la técnica, conociendo los recuerdos y la desconfianza de sus antiguos camaradas y aliados.

—Ahora, sólo tiene que pasar el examen médico de ritual —añadió fríamente Syrio.

—¿Médico? —se sobresaltó ligeramente el joven—, ¿Es necesario?

—Es imprescindible. Vaya. El doctor Zoff se encargará de ello.

Análisis, examen radiológico, e incluso microcirugía, si es preciso.

—¿*Microcirugía*? —repentinamente, Skrag sintió un sudor helado en todo su cuerpo, y notó que el corazón le palpitaba con mayor fuerza y rapidez—. ¿A qué viene eso, comandante?

—Mi querido amigo, últimamente hay que tener mucho cuidado con los métodos adversarios —explicó Syrio, con alarmante sequedad—. Incluso han llegado a convertir previamente a un hombre en un cyborg .—ya sabe, una máquina humana—, para intentar vencernos. Nadie se libra de sospechas. Hay que examinar a todo el que viene de los países enemigos. ¿Algo que objetar a eso, Skrag?

—No, por supuesto —mantuvo su sangre fría, preguntándose si tendría ya que activar su explosivo, llegado el momento en que el doctor Zoff descubriese su secreto biológico—. Estoy dispuesto, comandante.

—Magnífico. Vaya a presencia del doctor Zoff. Él le espera...

—Sí, ahora mismo —afirmó Leo. Y saludó rígidamente, abandonando la estancia.

*

—¿Usted aquí? ¡Qué sorpresa, Sonia!

—¿Sorpresa? No tendría por qué —sonrió ella suave, dulcemente, poniéndose en pie al verle entrar en el consultorio del eminente doctor Zoff, el cirujano y jefe médico del Centro—. Mi querido doctor es algo así como un segundo padre para mí, Skrag. Desde que mi difunto padre salvó su vida en una ocasión, ha creído serme deudor de algo, y sé que por mí, daría gustoso la vida. Me encanta venir a charlar con él, a cambiar impresiones...

—Sonia me ha contado sus peripecias en el viaje —habló el severo doctor Zoff, aquel astuto e inteligente médico cirujano de cabellos blancos, leoninos, y expresión de ave de presa, sobre la blanca bata de su profesión—. Le agradezco que salvara su vida. No hubiera podido soportar el golpe de saberla, desaparecida, Es tan gran muchacha...

—Lo es, ciertamente —aprobó Skrag—. Lástima que sea la amiga del comandante Syrio...

—¡Skrag! —le interrumpió ella con brusquedad. Miró preocupada en torno—. Recuerde lo que le dije una vez. Ese comentario podría costarle caro. Por fortuna, el doctor callará, por amistad hacia mí, pero no debe desafiar a su buena suerte tantas veces...

—Lo siento —suspiró Leo—. Sé que no debería hablar así. Pero me duele que una criatura tan hermosa, sensible e inteligente..., pueda convivir con alguien como el comandante. Y si eso me cuesta la vida, no puedo evitarlo.

—Usted tiene razón en lo que dice, Skrag —asintió gravemente el

doctor Zoff—. Pero también ella la tiene. No debe desafiar a su buena fortuna. Por menos de ese comentario, muchos hombres están en campos de reeducación o de represión de por vida... Pero no tema. Yo no hablaré. Mi lealtad al Régimen no significa que deba delatar a alguien que dice una verdad tan contundente, muchacho... Ahora, dejen su charla. Tengo órdenes de un examen exhaustivo de su persona.

—Ya —algo inquietaba menormente a Leo, y no lograba saber el qué. Syrio parecía saber o sospechar más de lo previsible. ¿Por qué? Se encaminó al gabinete de examen médico, preguntando por el camino—: Me gustaría saber, doctor, qué es lo que espera hallar usted en mí...

—Se lo diré, amigo mío —suspiró el médico, siguiéndole con paso firme—. El comandante Syrio teme que usted traiga consigo algo mortífero... y no sabe dónde está. Mi misión es encontrarlo, cueste lo que cueste.

Esta vez sí. Un escalofrío sacudió a Skrag. Y supo que, por alguna razón que no lograba intuir... su truco era sospechado. Su secreto pronto estaría al descubierto...

Sin embargo, recordó las palabras del doctor Colfax, el creador del «Proyecto Omega»:

—No tema nada. Ningún examen podrá descubrir su secreto, a menos que sea un genio quien le examine...

Eso era lo malo. El doctor Zoff era un genio. Y, además, sabía que había algo mortal en su cuerpo...

Pero no quiso actuar ahora. No deseaba activar el explosivo por sí mismo. Por Sonia, por el propio doctor. Si éste lo hallaba en su cuerpo, si intervenía con algún bisturí..., la bomba detonaría por sí sola. Y sería el fin.

—Adelante, doctor —murmuró, con entonación sarcástica—, Y que Dios le ayude...

*

—De modo que... no hay nada, doctor. ¿Está usted SEGURO?

—Por completo, comandante —puso una serie de radioscopias y tarjetas computadas sobre la mesa del militar. Luego, agregó el doctor Zoff—: Por un momento, tuve sospechas de que había algo anormal en él. Después... he visto que no es así. Su cuerpo no encierra peligro alguno, comandante. Tiene mi palabra de doctor. Mi palabra de honor.

Skrag miró fijamente al médico y al militar. Durante el examen, había sido anestesiado e ignoraba el proceso de búsqueda de Zoff. Pero, evidentemente, Colfax y su organización habían sido geniales

para montar el dispositivo mortal, para que él no descubriese nada. Ni lo sospechara siquiera,

—Está bien, doctor —Syrio. parecía defraudado por algo. A su lado, el capitán Kozak, también—. Puede retirarse. Sé que de haber algo, sólo usted en el mundo, sería capaz de dar con ello.

—De eso, no le quepa duda alguna, señor —el médico se inclinó, respetuoso, y tras dirigir una extraña mirada a Skrag, abandonó el despacho de mando.

Syrio se quedó contemplando a Leo Skrag. Este intuía algo siniestro en la mirada del hombre uniformado de oscuro. Se detectaba el peligro en aquel despacho, eso era evidente.

—¿Y bien, comandante? —preguntó el joven con frialdad—. ¿Ya está satisfecho conmigo? Me están tratando como si fuese el peor de los enemigos.

—Y lo es, Skrag. ¡LO ES! —afirmó, rotunda e inesperadamente el militar, clavando en él sus ojos centelleantes—. No sé cómo lo han hecho, pero le han enviado aquí con una misión concreta. ¡Una misión que descubriré cueste lo que cueste, maldito sea!

Skrag sintió hielo en sus venas. De modo que era eso. Lo sabían. ¡Sabían que ya no les era leal! Pero... ¿cómo? El estaba seguro de haber bloqueado bien su mente. Col-fax le dijo que un injerto delicadísimo en su cerebro le impediría delatarse en pensamientos o reflejos instintivos ante cualquier prueba, interrogatorio o examen. Y sin embargo...

¿Qué había salido mal en todo aquello? Hubiese dado algo por saberlo. Aún se sabía capaz de destruir a todos, pero... ¿por qué? ¿Por qué estaban enterados de su misión?

—No logro entenderle, comandante Syrio —trató aún de protestar Skrag, en un esfuerzo desesperado por ganar tiempo, por no activar todavía el tremendo ingenio demoledor que llevaba en su propio cuerpo—. ¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Por qué se sospecha de mí hasta ese punto? Es insultante su actitud conmigo, señor. ¡Yo he estado a punto de morir por esta causa, bien lo sabe!

—Sí, Skrag —respondió con voz fría el militar—. Yo sé eso. Y sé también que ha vuelto por algo. Algo importante. Algo que justifica su libertad, su regreso... ¡e incluso el pago de una pensión a su viuda, cuando usted haya muerto en el desempeño de su misión, Skrag!

—¿Cómo? —ahora sí se sintió el joven espía como si le hubieran descargado un mazazo en el cráneo—. ¿Cómo puede decir algo así, comandante? ¿Es que todos se han vuelto locos?

—No, Skrag —negó despacio el capitán Kozak—, Sencillamente, tenemos informes. Informes de nuestro agente especial de enlace en los países enemigos... ¿Acaso no conoce a ese agente que le ha delatado, Skrag?

Y señalaba a espaldas suyas. Leo se volvió, con cierto sobresalto.

Su horror no tuvo límites al descubrir a la persona erguida tras él, sonriendo fría y despectivamente. Tan diferente, tan enormemente distinta a como él la recordaba. ..

—¡GALA! —rugió—. ¡Tú..., mi esposa! ¡Eras..: eras la confidente de ellos...!

—.Siento causarte este dolor, mi querido esposo. Debiste seguir siendo leal a tu causa —dijo con frío cinismo Gala—. Después de todo..., vas a morir igual, Y cobraré tu pensión...

CAPITULO IX

Su furia interior estuvo a punto de lanzarle a una locura. Hubiese unido sus talones, sus rodillas, sus dedos... y todo hubiera saltado en mil pedazos, con él mismo dentro de la fortaleza.

Pero se contuvo. Se limitó a mirar, atónito, a la mujer que le traicionara mucho más indignamente que Yuvlo o Zarox, más que el propio comandante Syrio... Un único edificio de esperanza y de ternura, se derrumbaba ahora estrepitosamente dentro de él. Ni siquiera. Gala valía la pena. Siempre le engañó. Ya era agente del Frente Revolucionario cuando se casó con ella. Quizá incluso lo planearon todo secretamente, para hacerle caer en la trampa. Y ella debió delatarle la primera vez, por orden del Régimen. Y ella le había vuelto a delatar ahora, cuando supo que llevaba una misión especial, aunque se alegraba ahora de no haberle revelado su terrible naturaleza,

—Todos sois iguales... —jadeó despectivamente el joven—, Gentuza sin conciencia... Máquinas sin alma, al servicio del Estado... No merecéis siquiera vivir...

—Sin embargo, serás tú quien, paradójicamente, dejarás de existir pronto —le replicó Gala, fría e indiferente—, Estás desenmascarado. Saben la clase de traidor que eres. Has venido para algo importante. Tu misión es destruir el arma de la Victoria, lo sé. Todos lo sabemos. Ignoramos cómo vas a ingeniártelas, pero sea como sea, lo descubrirán antes de tiempo. ¡Ellos saben cómo descubrir esas cosas! Y tú también, Leo...

—Tortura... —la idea se abrió paso siniestramente en su cerebro. Skrag temió por el éxito final. Tendría que precipitarse. Conocía los métodos, sus terribles consecuencias en los hombres torturados—. Sí, tortura, ya lo veo claro... Así pretendéis saber la verdad...

—Y la sabremos, Skrag —dijo lentamente Syrio, mirándole con crueldad—. Somos especialistas en esos métodos. Se ahorraría mucho dolor si hablase. Yo le garantizaría una muerte rápida y sin dolor, a cambio de una simple confidencia. Vamos, Skrag, no sea necio. El plan, tan minuciosamente preparado, se ha venido abajo. ¿Cómo esperaba destruir nuestra arma? ¿Hay más cómplices aquí? ¿Le enviaban el mecanismo destructor de alguna forma? ¿Lo oculta usted en alguna parte?

Leo Skrag apretó los labios con fiereza. Les miró, insultante.

—No lo sabrán nunca —dijo—. Nunca... hasta que sea demasiado tarde. Cuando ya no puedan hacer nada por evitarlo.

—Miente —silabeó el capitán Kozak, yendo hasta él y

descargándole un tremendo bofetón—, ¡Nosotros sacaremos la verdad antes de tiempo! Lo sabes bien, traidor. Y tienes miedo, bajo esa apariencia de arrogancia y altivez.

—¿Miedo? —le miró Skrag, despectivo—. No sé lo que es eso, capitán Kozak. Ustedes sí tienen miedo ahora, Temen lo que les acecha, lo que se les viene encima, sin que puedan siquiera prever cómo sucederá... Su arma genial y todos ustedes a la vez, ¡todos!, van a ser destruidos para, que el mundo siga viviendo en paz, sin que su futuro se vea amenazado por una dictadura infame, disfrazada bajo la apariencia de unas falsas ideas sociales que nada significan para ustedes...

—¡Ya basta! —cortó abruptamente el comandante Syrio, avanzando hacia él con gesto crispado—. Escuche, Skrag. Su altanería y superioridad no vale nada. ¡Nada! Aquí mando yo, y soy responsable ante el propio Mariscal Kazok de cuanto suceda en los Estados Revolucionarios. Va a ir a la sala de tortura. ¡Y allí confesará! Allí revelará la verdad a mis verdugos, Skrag. ¡Vaya si lo hará! Capitán Kozak, llame a sus hombres..., ¡y que se lleven a este hombre para ser torturado inmediatamente!

La tortura era un peligro. Pero aun así, Skrag resolvió no accionar en ese momento su arma corporal. No provocó el holocausto. Todavía no. Era preciso esperar un poco. Ni siquiera sabía si estaba el arma en el Centro Estratégico o en otro lugar. Y no podía permitirse el lujo de morir matando... y dejar intacta el arma secreta del Frente Revolucionario.

El arma era lo fundamental. Todo lo demás era ya para él totalmente accesorio. Incluso su venganza. Incluso Gala y su sucia traición. Ahora sabía lo que convenía al mundo. Lo que valía realmente la pena. Y lucharía por ello. Fríamente. Con serenidad. Con absoluto dominio de sí mismo. Sin permitir que ninguna emoción le cegase. Su misión era demasiado valiosa para estar a, merced de un impulso irrefrenable, de una torpeza o una precipitación.

Esperaban mucho de él. Bien. Respondería a la confianza en él depositada. Hasta el último momento.

Y se dejó llevar a las salas de tortura del Centro Secreto.

E incluso se dejó torturar...

*

—¿Resultados?

—Nulos aún, comandante —suspiró el verdugo—. Ese hombre es de acero. Lo soporta todo sin una queja. No teme al dolor. Todo parece darle lo mismo.

Syrio miró al preso con un destello colérico en sus ojos. Le

escoltaban el capitán Kozak y otros dos oficiales. Todos se miraron entre sí, entre irritados y admirados. El torturado les contempló sardónico desde el lecho metálico sobre el que reposaba, sufriendo en sus miembros las sutiles formas de tormento imaginadas por sus verdugos. Tenía sudor y sangre en su piel. Pero soportaba estoicamente todo.

—¿Defraudado, comandante? —sonó débil su voz—. ¿Esperaba ya tener mi gran secreto a su alcance? Entonces es que no sabe de lo que es capaz un hombre que ha dejado de creer en todo lo que antes era su doctrina, y siente asco y náuseas de los que fueron sus camaradas, tan falsos y traidores como un puñado de víboras venenosas.

—¡Skrag, está acabando con mi paciencia! —rugió el comandante Syrio—. Va a sufrir mucho más a partir de ahora... Mis verdugos no tendrán piedad alguna. Recurrirán a los métodos que nunca fallan. El secreto escapará de su boca entre jirones de su lengua y de sus tejidos todos, maldito sea... ¡Seguid, y aplicadle el último grado de tortura!

—Pero comandante, eso le causará la muerte..., aunque muy lenta y dolorosa —objetó el jefe de los verdugos.

—Lo sé —una siniestra mueca iluminó el semblante cruel del militar—. Obedeced. Y en cuanto hable, escuchadle bien... Grabad lo que hable. Será su¹ verdad. La que yo necesito.

—Sí, comandante. A sus órdenes.

—Ah, por cierto, Skrag... —silabeó malévolamente el comandante—. Quizá le interese saber, antes de morir, que nuestra arma está terminada, y a punto de ser lanzada... La tenemos aquí mismo, en el recinto del Centro Estratégico, a la espera... Y le diré algo. Va a ser el arma más terrorífica de todos los tiempos..., porque se trata de una simple radiación a distancia, perfectamente controlada. Sí, Skrag. Sólo eso: una radiación. Pero actúa sobre los humanos de modo muy especial. Sobre TODOS los humanos a los que toque... ¡Y les convierte inmediatamente en feroces y hambrientos ANTROPOFAGOS!

—Cielos... —jadeó Skrag con un escalofrío—. No es posible...

—¿Se da cuenta? —rió Syrio—, No podrá haber dos solas personas juntas. Ningún ejército, ninguna comunidad, ninguna patrulla soportará más de unos segundos, sin lanzarse unos sobre otros, a devorarse mutuamente, insaciables siempre... ¡Los países libres se despedazarán entre sí, mientras nuestras tropas, debidamente equipadas contra esa radiación, avanzarán implacablemente, ocupando todo sin lucha, y exterminando solamente a los antropófagos supervivientes...!

—Y esa arma está aquí... —susurró Skrag—. En este edificio mismo...

—Sí, Skrag. El doctor Zoff va a hacernos una demostración dentro de una hora, en la cámara de experimentación, con cuatro prisioneros

condenados a muerte... Asistiremos al espectáculo, amigo mío... mientras usted agoniza, diciendo lo que sabe... Nadie soporta el dolor del último grado...

Y se ausentaron de nuevo, dejándole en manos de los verdugos. Skrag respiró hondo. Vio venir al experto en torturas. Se dispuso a sufrir de nuevo. Y se dijo mentalmente :

«Sólo una hora... Una hora más de sufrimientos..., de resistencia al dolor... Y entonces, justo entonces, ¡el final apocalíptico para mí, para ellos, para esa arma maldita, para este nido de ratas...!»

Y cerró los ojos. Y suspiró, con cierto alivio, pese a que ya comenzaban los dolores irresistibles de una nueva y más sutil tortura... Una forma de tormento que no podría soportar mucho tiempo más...

Que quizá hubiera debido interrumpir antes de tiempo, haciendo contacto con sus pies y rodillas, con sus dedos..., de no ser por aquella voz que, repentinamente, se expresó con absoluta frialdad amenazadora:

—Dejen al preso. Quietos todos. Al que intente algo, le mato en el acto.

Perplejo, incrédulo, Skrag miró a la persona que, arma en mano, entraba en la cámara de tortura, obligando a sus verdugos a retroceder, brazos en alto.

Era Sonia Stravy, la dama de la larga melena platinada.

CAPITULO X

—Sonia... ¿Qué hace usted aquí? Es una locura... Pueden matarla por esto.

—Claro que pueden hacerlo. Lo harán, si no salimos inmediatamente de aquí. Vamos, Skrag. Tengo los medios para la evasión. Le acompañaré hasta el exterior. Allí hay una pequeña nave capaz de llevarle lejos...

—No, Sonia, no puedo —negó con la cabeza Skrag, mientras ella mantenía a raya a los verdugos—. Esta vez no iremos a ninguna parte. Este es mi destino. Morir aquí. Morir matando, ¿no entiende?

—Sí, entiendo. Su misión es destruir el Centro. Y nuestra arma maldita. Hablaremos de eso luego. Ahora, salgamos. Todo está a punto. Y hay poco tiempo... Syrio quiere que yo esté a su lado cuando experimenten ese horror. Me hará buscar. Hay sólo unos minutos, Skrag.

—Utilice usted esa salida. Escape de aquí antes de que sea tarde —jadeó Leo—. No debe morir, Sonia. Gracias por lo que ha intentado. Es una gran chica. Estuve seguro de eso en todo momento. Váyase. Pero yo me quedo. Es mi deber. No puedo irme.

—No, Skrag. Usted salvó mi vida una vez. Ahora debo salvar yo la suya. Me ha ayudado a abrir los ojos. Lo que me rodea es un monstruo que también terminaría devorándome a mí. Syrio no es un idealista. Busca su propio poder, por encima de todo. Nos utiliza para sus fines...

—Lo sé, Sonia. Pero por amor de Dios, no perdamos más tiempo. ¡Escape! No siga a mi lado. ¿Es que no se da cuenta de que yo..., yo soy ¡a Muerte, la destrucción? ¡Esa muerte va conmigo, dentro de mí!

—Le he pedido que hablemos fuera, Skrag. Vamos ya, se lo ruego... Disponemos del tiempo justo. Esa nave que nos aguarda también está fuera de todo control. Tiene campo anti-detector. No nos darán caza. Estaremos lejos, antes de que comprendan lo que sucedió. Y entonces ya será tarde para ellos...

—Los muros de esta fortaleza son gruesos, Sonia. No puedo correr el riesgo de que la explosión no destruya a Syrio, a Kozak, al Mariscal, al arma asesina que preparan... Debe ser aquí dentro. Y aquí dentro debo estar yo...

—Por el amor de Dios, trate de entender —gimió ella, aferrándole con una mano—. Salgamos de aquí. Más tarde le explicaré... Todo sucederá igual si sale usted afuera, palabra.

—Pero Sonia, usted..., su vida... ¡Debe alejarse de mí! Y pronto...

—Habrá tiempo de todo. Vamos ya —miró a los verdugos. Y

disparó con frialdad, abatiéndoles. Luego, explicó a Leo, mientras salían de allí—: Sólo son proyectiles narcóticos. De todos modos, seguirán la suerte de los demás, llegado el momento, ¿no es cierto?

—Sí, Sonia... —Skrag, semidesnudo, la seguía por los corredores ahora, hasta un oculto acceso a un ascensor, al cual subieron. Ella explicó, concisa, el camino que seguían:

—Es un ascensor secreto. Sólo para el alto personal. Conduce directamente a un subsuelo donde hay una rampa de lanzamiento de aeronaves. Funciona automáticamente. Hay dos funcionarios especiales allí. Pero duermen ya, narcotizados. Saldremos sin peligro.

—Sonia, es preciso que entienda esto... —el ascensor descendía vertiginosamente hacia las entrañas del suelo rocoso de aquel refugio de águilas—. ¡Yo debo quedarme, por encima de todo!

Ella le miró con extraña sonrisa. Meneó la cabeza, negativamente.

—No, Skrag. No será preciso, ya se lo dije, ¿Es que no lo entiende?

—Pero... entender, ¿qué?

—Skrag, debería haberlo sospechado... —llegaron al final de trayecto. Las puertas se deslizaron. Salieron del ascensor. Ante ellos, una rampa dispuesta, en el subsuelo, con una alargada nave a punto, se perdía por un túnel, hacia la luz exterior, en sentido ascendente. Skrag se detuvo, mirando a la joven.

—Sospechar, ¿qué? —preguntó, alarmado.

—Que no hay ingenio biológico, por microscópico que sea, que pueda engañar a un hombre como el doctor Zoff... El..., él DESCUBRIO que era usted una bomba humana,...

—¡Cielos, no! —se horrorizó Leo—. La «Fase Once» no puede fracasar!

—No fracasará. Pero Zoff lo descubrió todo. Es un genio en ese terreno. Por fortuna, es también un gran hombre. Y un amigo leal. Nunca olvida una deuda. Conmigo la tiene, desde que mi padre salvó su vida. Me informó lo que había hallado. Me pidió opinión. Le rogué que no informase de nada. Y que hiciera por usted lo que le fuera posible. Zoff... Io hizo.

—¿Qué quiere decir? —estaban ya ante la portezuela de la nave, a punto de subir a ella.

—Hizo lo que le pedí. Para él no fue difícil. Incluso evitó que su carga explosiva se inflamase. Posee unos microbisturíes muy especiales. Y sabe utilizarlos. Neutralizó el explosivo. Lo extrajo de su cuerpo...

—¡Lo extrajo! —Skrag la miró, alucinado, cuando entraban ya en el vehículo espacial—, ¡Pero eso es horrible! ¡Es el fracaso total de mi misión...!

—No, Skrag. Cuando estemos fuera, lejos de la fortaleza..., utilice sus contactos. Una usted sus talones, sus rodillas, sus dedos...

—Incluso sabe eso...

—Zoff lo descubrió todo, mientras usted dormía. No desconectó sus circuitos. Se limitó a establecer un contacto a distancia... y puso el explosivo en otro lugar. A usted, Skrag, le basta detonarlo... y el Centro se desmoronará, con todo cuanto contiene ahora...

—Pero... ¿pero y el doctor Zoff? —preguntó Skrag, cuando ya Sonia ponía en funcionamiento los turbo-reactores de la nave y ésta partía, sibilante, rampa arriba, hacia la luz, hacia la libertad, al fondo del túnel de lanzamiento—, ¡El está aún ahí dentro! ¡No sería justo acabar también con él!

—El doctor Zoff... me pidió que no tuviéramos piedad —habló serenamente ella—. Tenía que sacrificarse, no hay otro remedio. Alguien debía hacerlo. Y él..., él padece un mal incurable. Sabe que tiene no más de un año de vida. Prefiere que sea así..., hoy mismo. Vamos, Skrag. Cuando estemos en las alturas... ¡haga contacto! Es todo lo que espera él de usted... A estas horas, prepara la exhibición del arma capaz de convertir en caníbales a la especie humana afectada por la radiación. Armas así, vale más aniquilarlas para siempre. El se sacrifica gustoso. Como usted lo hubiera hecho...

La nave subió, subió, se elevó a enorme altura sobre la torre del Centro Estratégico del Frente Revolucionario Mundial. Sonia conducía. Le miraba, esperando su acción.

—‘¡Dios mío...! —musitó Skrag, vacilante aún—. Esto será peor... que si hubiera sido yo mismo...

—Le comprendo —unas lágrimas asomaron a los ojos de la joven—. Zoff es una gran persona, Pero él mismo nos estará pidiendo ahora con toda la fuerza de su mente que se termine de una vez... ¡Adelante, Skrag! Es para salvar al mundo, recuérdelo...

Leo Skrag asintió. Y con un escalofrío que quizá no hubiera sentido, de seguir siendo él una bomba viviente, unió primero sus talones, luego sus rodillas. Y, finalmente, dedo contra dedo, yema contra yema, sus dos manos, sus diez dedos...

Y...

¡ ¡BRRRRRRRRUUUUUUUMMMMMMMM...!!

Fue una detonación terrorífica. Como una bomba nuclear. Como un volcán en repentina erupción. Como un apocalipsis inenarrable.

Una columna de fuego y humo se elevó hacia el cielo. El aire se agitó, bamboleando violentamente la nave en que ambos viajaban.

Abajo, donde se hallaba el Centro Secreto Estratégico, sólo era visible un cráter, unos muros calcinados, una espesa nube de humo negro... y nada más.

—¡'Dios mío...! —susurró Skrag—. Yo provoqué eso... y, sin embargo, sigo con vida...

—Sí, Skrag. Usted era aún el detonador. Pero no el explosivo. Fue

la obra de Zoff.

—Pero..., pero ¿dónde situó Zoff la carga destructora, Sonia?

—¿Aún no lo ha comprendido? —ella le miró grave, patéticamente. Dos lágrimas resbalaban por sus mejillas—. Se limitó a hacer un trasplante... El explosivo... estaba DENTRO DEL DOCTOR ZOFF... Por eso se situó al lado del arma que había de destruir... y rodeado de todos los que debían ser destruidos...

—Syrio, Zozak, el Mariscal Yazok..., Yuvlo, Zarox... y Gala —susurró Skrag, estremecido—, Cielos... Pobre doctor Zoff...

—¿Pobre? No, Skrag. El se sacrificó gustoso. Ahora, ambos le debemos la vida. Y el futuro. Y el mundo entero le deberá algo. El..., él pudo haber desconectado y anulado la bomba. El pudo hacerlo... y no lo hizo, ¿comprende?

—Sí, comprendo. Cuando estemos de nuevo en las Naciones Libres, Sonia,..., él será el héroe, no yo. Ha de ser así.

—Será así. Pero a usted, Leo, nadie le quitará su propio heroísmo. Yo me encargaré de proclamarlo a los cuatro vientos, amigo mío...

Y le miró dulcemente, con una nueva ternura que Skrag desconocía en ella. Pero que estaba seguro que llegaría a conocer más profundamente en un futuro inmediato.

Después de todo, ahora Sonia Stravy era libre. Y él también. Gala y Syrio habían muerto. Su recuerdo, con toda seguridad, no turbaría a ninguno de ellos. Sonia nunca amó al comandante Syrio. El... sí amó a Gala. Y su amor se resquebrajó como un castillo de arena, cuando supo la clase de mujer que ella era... y lo que había sido capaz de hacerle a él.

Por tanto, ahora eran dos personas amigas. Y algo más que eso. Eran un hombre y una mujer.

Porque terminada la «Pase Once», él dejaba de ser una máquina destructora, para convertirse sólo en un hombre, en un ser humano como cualquier otro. Volvía con vida. Eso significaba su indulto definitivo. Sonia, se había ganado un lugar entre las gentes de los países libres y pacíficos.

Y la temida III Guerra Mundial, había dejado de ser una amenaza latente. Ahora, los demás países que construyeron el Frente Revolucionario Mundial, libres de la camarilla que les explotaba, estarían en condiciones de negociar un pacto de convivencia pacífica con el resto de la Tierra.

—Sonia, todo ha sido maravilloso al final —murmuró Leo suavemente, sentándose despacio a su lado, ante los mandos de la nave—. Todo maravilloso... para nosotros dos. Espero que esta amistad nuestra, esté ahora en sus principios nada más.

—Sí, Leo —ella volvió la cabeza, dejando de mirar a los fríos controles electrónicos de la nave, ya en vuelo vertiginoso a altura

considerable, rumbo a otras tierras—. Yo también lo espero... y lo deseo.

Y la voz de Sonia Stravy era, en esos momentos, todo un cúmulo de promesas y esperanzas.

FIN